

SOLIDARIDAD

Suplemento Literario

OBRERA

Paris, Abril de 1958.

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★

Precio 60 frs. - N° 680-52

DIEGO RIVERA, el PINTOR de la REVOLUCION MEJICANA

UNO de los más altos valores de la pintura mural contemporánea es haber traído al campo del arte, nuevamente, los temas y problemas del tiempo, que exhibe en los muros de edificios públicos en formas menos o más complejas, creadas por necesidad de aludir con ellas a nuevos sentidos de la realidad. Como no podía ser menos en una auténtica renovación, en la conciencia de los artistas se planteó el problema de la historia, de Méjico, de América y de Occidente, como vía del conocimiento de nuestro propio ser, y grandes interpretaciones han quedado expresadas en la pintura de muros y bóvedas, en nuestro país y en el extranjero, ya que ese arte ha rebasado todo localismo por su valor universal, profundamente humano. Si a través de la Edad Moderna ciertos temas y expresiones se produjeron, digamos, en arte menor, por necesidad, porque no tenían lugar en el Arte, pues ya mostraban escapes de lo irracional, en expresiones fantásticas o bien críticas y aspectos de la humana realidad que no encajaban en el concepto tradicional y clasicista del arte de la modernidad; si en el siglo XVIII hay un Goya que nos trae un nuevo sentido de la vida y del arte y si al final de nuestro siglo XIX tenemos un Ruelas y un Posada, jamás todo lo que había significado expresión de otros renovadores sentidos pudo alcanzar en el arte la forma original, monumental y pública que le han dado por necesidad, los artistas mejicanos de nuestro siglo.

« impresionismo », viajando por el viejo Continente; regresa a México por corto tiempo (fines de 1910 a mediados de 1911) y vuelve a París; pinta bajo las influencias del neoimpresionismo, Seurat, con sus científicas teorías, después Cézanne, con sus ideales construcciones, pero mucho deben haberle impresionado también: Gauguin, por su « sintetismo »; Rousseau, por su deliciosa e ingenua gracia, y Renoir, por su sensualidad y rico colorido; se une al grupo de pintores cubistas y es dentro de este movimiento donde hace su primera verdadera aportación al arte.

■ A la página 2 ■

Por eso supera a la pintura universal contemporánea y sobre todo a la europea, a pesar de todas sus excelencias, que tras larga revolución espiritual y expresiva ha llegado a síntesis análoga, esencialmente pero no en forma monumental, épica y epopéyica como es la mejicana.

por JUSTINO FERNANDEZ

La pintura mural contemporánea de Méjico ha logrado llevar a su plenitud anhelos largamente gestados a través de la Edad Moderna, a los cuales ha dado forma en la mayor pintura — en todos sentidos — que la humanidad ha conocido, desde las cavernas de Altamira. A lo anterior hay que agregar que fué por la Revolución — por lo que significa como expresión oportuna de la conciencia mejicana en determinada circunstancia histórica, de la cual las conciencias de los artistas formaban parte desde un principio, de una manera u otra — por lo que pudo existir un ambiente propicio en el cual surgió la pintura mural libremente, como exponente de un nuevo sentido de la vida; esa libertad necesaria al arte fué entendida así desde un principio por el que tuvo visión para ello: José Vasconcelos. Si por una parte no hay mejor prueba que la pintura mural de que ese sentido de libertad lo ha conquistado y lo tiene Méjico, su don más precioso, hemos de admitir que de poco o nada hubiera servido para el arte si no hubiésemos tenido la fortuna de que existieran pintores con capacidad de expresión tal como para atreverse — que es el privilegio de artistas y poetas — a dar forma, libremente, a su propio sentido, que por ser ellos es, a la vez, del pueblo.

Del movimiento de pintura mural que empezó en 1922 y que continúa mantenido en vilo por sus iniciadores más importantes, hay que destacar a los artistas que han producido las mayores y mejores obras pintadas, por necesidad y en su mayoría, en viejos edificios heredados de Nueva España, por lo que resulta más significativa la renovación: José Clemente Orozco y Diego Rivera, han sido y son los que hasta la fecha han mostrado una actitud ejemplar de actividad fecunda; Siqueiros ha vuelto a la pintura mural, tras de prolongada interrupción, desde los últimos siete años, si bien con más ímpetu que nunca. Otros nombres y otras obras he de agregar más adelante, pero es necesario dar cabida primero a aquellos por quienes se justifica que hable en el tono en que lo he hecho.

Diego Rivera (1886) pasa por un largo período de adiestramiento y de absorción de la tradición pictórica (1901-1921) en el cual aprehende también lo esencial de los movimientos europeos contemporáneos hasta el « cubismo ». Recibe primero en Méjico la tradición académica clásica del siglo XIX, a través de Rebull; su naturalismo es reiterado por la lección de Velasco; después pasa a Europa (1907), donde sucesivamente va del « realismo » español, a un cierto « sintetismo » y al



DIEGO RIVERA. - Emiliano Zapata y su caballo blanco.

Diego Rivera, el pintor de la Revolución Mexicana

Viene de la página 1

pues se expresa con tal lirismo y personalidad, que él ha llamado « coeficiente mexicano », que sus obras de entonces lo singularizan y no podrá evitarse contarlo entre los más importantes representantes del « Cubismo ». Cézanne y Renoir vuelven a fecundarlo y completa después su conocimiento histórico de la pintura estudiando a los « primitivos », Breughel y Boticelli, sin duda, Miguel Ángel y, sobre todo, Rafael, para el Renacimiento. En 1921 vuelve a Méjico y si los exotismos de París deben haberle interesado (las estampas japonesas, la escultura africana), cómo debe haber vibrado el poeta cuanto al tomar contacto con su país, ya renovado tras la lucha revolucionaria, descubre con nueva mirada el paisaje tropical y la vida del pueblo, las ruinas del pasado indígena y todo un horizonte posible donde desarrollar los conocimientos adquiridos. Lo interesante es que Rivera, por su extraordinaria habilidad, talento y sensibilidad, supo aprovechar todas las lecciones del pasado y creó una expresión original, grandiosa, monumental, fundamento del fenómeno artístico que su obra es, sin duda, una de las de mayor alcance en nuestro siglo.

Si se piensa en lo que son las formas de los artistas que más atrajeron a Rivera en Europa, la tradición de donde viene, se comprenderá que en su propia expresión sean, ante todo, un intelectualismo y un sensualismo, sus notas salientes y características; naturalismo, abstracción y sensualismo forman la base de la expresión de Rivera, quien ha llegado a una síntesis magistral, aunando su finísimo sentido del color y su exquisita mano de dibujante; con su intelectualismo ha sabido dar orden y equilibrio a sus grandes pinturas murales, por medio de las estructuras geométricas que las sustentan y de la organización de las ideas expresadas, y con su sensualidad ha podido animar tanto las formas particulares como los grandes conjuntos, por medio de su sentido del color y sus conocimientos técnicos de la pintura al fresco, por veladuras y transparencias; una de sus hazañas ha consistido en introducir una especie de « impresionismo », rico en tintas finísimas, en su dibujo cerrado, delimitado ideal. En el Salón de Actos de la Escuela de Chapingo (1926-1927) pueden verse sus dos mayores características, una más abstracta y decorativa y otra más naturalista y sensual, en la cual ha pintado unos cuantos desnudos que, dentro de su línea, son los mejores que ha



producido la pintura mejicana y quizá la pintura contemporánea en general. La parte más naturalista de su expresión y su sensualidad en formas y colores vivifica los esquemas ideales, en los que Rivera, según su concepto de la pintura, mantiene, salvo excepciones, la bidimensionalidad.

La obra más personal de Rivera surge ante la necesidad sentida de hacer un arte para el pueblo, al declararse defensor de la justicia social, y se expresa en grandes alegorías con detalle anecdótico, en formas decorativas, maravillosamente organizadas, que junto con la erudición y el inevitable idealismo, tienen por finalidad, pues, transmitir un nuevo sentido de la vida al pueblo por medio de una bella expresión.

Los temas tratados por Rivera, siempre filosófica y poéticamente, aparecen ya con tal carácter en su primer mural, pintado a la encaústica, en el Anfiteatro Bolívar (1922), el primer mural importante en el tiempo, en donde pinta **La Creación del Hombre** y su desarrollo cultural y mural, que surge de una Energía Primera y vuelve a ella. Esta interpretación trascendente de la creación y de la vida del hombre es un ejemplo aislado que no parece tener mucha conexión con el sentido del resto de la obra del artista, como tampoco las formas mismas, que empezaron por ser allí excesivamente geométricas, rigidez que después va perdiendo en otras obras al alcanzar una síntesis mejor; sin embargo, hay fragmentos emocionantes, de verdadera inspiración en este mural inicial.

Rivera ha hecho la apología, en poéticos cantos, de las costumbres, las fiestas y el trabajo, en general, de la vida del pueblo mejicano, presentada con extraordinaria brillantez; de la Revolución mejicana y sus conquistas, en un sentido ideal de paz, concordia, trabajo, abundancia y educación del pueblo, con las importantes notas de la repartición de tierras y la celebración del 1º de mayo como símbolo; de la vida del país, en una interesante y original geografía humana, que va desde las costas hasta la altiplanicie y en donde aparece la fertilidad de

la naturaleza y la nota arqueológica; de la nueva revolución social mundial; en cambio ha expresado su crítica al orden anterior y condenando al capitalismo, al militarismo y al clericalismo, principalmente, así como al intelectualismoñoño. (Secretaría de Educación. 1923-1926.)

En Chapingo (1926-1927) ha pintado la **evolución biológica y la transformación social**, con su correspondiente crítica al despótico y esclavizador capitalismo, y la exaltación del sacrificio en la lucha; ambos movimientos tienen por fin la libertad del hombre para aprovechar los recursos naturales; hay aquí un cántico apologetico a la naturaleza, al esfuerzo heroico por la libertad y la técnica. Aquí aparece por primera vez una idea del hombre.

Más tranquilo es el tema que pinta en Salubridad (1929-1930) con los símbolos de la Salud, la Continencia, la Abundancia, pero al mismo tiempo inicia su interpretación de la historia de Méjico en el Palacio de Cortés (Cuernavaca 1929-1930), desvalorizando la Conquista al mostrar enfáticamente aspectos negativos, tomándola en conjunto como esclavitud y explotación del pueblo indígena; oponiendo a los sacrificios indígenas la Inquisición; reconociendo, en pequeña escala, la obra civilizadora de los frailes y concentrando el símbolo de la Libertad en las figuras de Morelos y Zapata.

Rivera acepta invitaciones para ir a pintar en los Estados Unidos, va a San Francisco, pinta al hombre-técnico aprovechando las riquezas naturales de California (Stock Exchange Luncheon Club, 1930-31); al hombre-técnico controlando el trabajo humano y sus construcciones (School of Fine Arts, 1931), y el trabajo en el campo, la abundancia y la salud (Residencia de Mrs. Stern, 1931). Descubre por primera vez e incorpora al arte la belleza de las máquinas y haciendo crítica al mundo industrial capitalista del Norte, describe en intrincado panorama (Detroit Institute of Fine Arts, 1932-33) la dramática vida de aquel mundo, mostrando su admiración por la ciencia y la técnica, como progreso sobre la religión. De la historia de Norteamérica hace también Rivera su interpretación, a base de la lucha de clases; con-

dena el coloniaje, el despotismo, el capitalismo y el nazi-fascismo (Independent Labor Institute 1933).

La admiración del artista por la ciencia y la técnica es elevada a última potencia en el mural del Palacio de Bellas Artes (Méjico 1934), en el cual el hombre-técnico es, por fin, el controlador del Universo, del mundo natural y del humano; es el hombre de la « era atómica ».

La interpretación de la historia de Méjico que inició en el Palacio de Cortés, es desarrollada ampliamente en la escalera monumental del Palacio Nacional (1930-35); allí el mundo indígena precortesiano se introduce bella e idealmente en la gran pintura mural, como símbolo de una pasada edad de oro; se renueva el sentido negativo de la Conquista y en general del pasado de opresión en el cual algunas figuras, Hidalgo, Zapata, simbolizan la libertad; se expresa la aversión al capitalismo, al militarismo, y al clericalismo, también, a los imperialismos y se condena a la religión.

Contrario a las dictaduras y al imperialismo y expresando el triunfo final del indígena, Rivera pintó otros murales (originalmente para el Hotel Reforma, 1936; hoy se encuentran en la Galería de Arte Mexicano) y después de unos años de descanso vuelve a San Francisco, California, y pinta, por encargo del Junior College (1940), una gran alegoría acerca de la unión del sentido artístico del indio del sur y del sentido técnico-industrial y científico del hombre del norte, como fuente del futuro cultural de América y no deja de incluir su aversión a las dictaduras totalitarias y los símbolos de la libertad. (1)

La última obra completa que Rivera ha realizado, en el Instituto de Cardiología (1943-44), es la historia de la ciencia cardiológica, y antes de morir pintó los muros de los corredores del Palacio Nacional, en donde continúa explícita su interpretación de la vida indígena precortesiana.

Si se pone en relación la obra de Rivera con la historia del arte mexicano del siglo XIX, como ha quedado descrita en otra parte de este ensayo, se verá que es una superación y una ampliación de ella; el artista queda ligado, pues, con la más reciente tradición, la del Méjico Independiente; por su sentido filosófico; por su clasicismo, si bien en formas nuevas; por su cientificismo; por su naturalismo; por su indigenismo; por sus interpretaciones de la vida de nuestro pueblo y de nuestra historia; y por su sentido general de libertad. Mas no sólo lleva a su cúspide esos temas, en forma monumental y tanto más amplia, sino que introduce: el mundo industrial del Norte; una visión de la historia de Norteamérica; una visión y una profecía del futuro cultural de las dos Américas del Norte y del Sur; una visión, pues, de América; una interpretación de la historia universal con sentido dialéctico, en que van incluidos la justicia social, la liberación y el triunfo incontrastable del hombre-técnico controlador y beneficiario del Universo.

El hombre de Rivera fué creado para salvarse de la explotación de otros hombres, para ser libre y para obtener técnica y científicamente el mundo humano y natural; todas las ideas del artista se refieren, por así decirlo, a un mundo materialista, idealista, a un immanentismo que busca ante todo la verificación de la felicidad en este mundo, en una mañana que forzosamente ha de llegar.

Rivera ha penetrado y expresado zonas de la realidad mexicana; dentro de sus propósitos, muestra su preocupación por el hombre, por Méjico, por América y por el mundo; ha extremado sus posibilidades, en su expresión y en sus ideas, lo cual por su calidad hace al artista uno de los más grandes pintores de nuestro tiempo.

JUSTINO FERNANDEZ.

(1) Prescindase de la voluntad de Rivera por « cierta » dictadura y plácanos rememorar al artista y al hombre en olvido de sus debilidades. (N. de la R.)

PERSPECTIVA

PARENTESIS FILIAL
AÑO GEOFISICO
LOS ANTECEDENTES
EL PROGRAMA
DESCUBRIENDO LA TIERRA
LA ANGUSTIA HUMANA

SIGUE el paréntesis, y ahora la máquina de escribir la dejamos a mi hija Margarita, quien estudia la carrera de física experimental. Las cuartillas que escribió fueron sugeridas por la lectura del excelente artículo de José Luis Martínez.

Margarita tiene ahora la palabra:

« Estamos viviendo en pleno Año Geofísico Internacional. La mayor aventura científica en el mundo que marca el apogeo de los grandes descubrimientos terrestres, está en marcha. Continuación y realización plena de los ideales que guiaron a Colón, Marco Polo, Magallanes, Galileo, Lavoisier y tantos otros, en su esfuerzo por describir los misterios de nuestro planeta. Nos equivocamos si creemos que en esta época interesantísima que nos ha tocado vivir, de adelantos técnicos y científicos increíbles, conocemos a fondo la Tierra. El hombre se dispone ahora a conquistar el espacio sideral; posee aparatos e instrumentos de precisión que destruyen dudas y errores de siglos; distancias enormes de ayer, hoy día son

pequeñas. La capacidad y el talento de los mejores hombres de ciencia buscan sin cesar el máximo aprovechamiento de los recursos naturales.

« Sin embargo, a pesar de este esfuerzo constante, el globo guarda en cada una de sus partes grandes secretos, fuentes de progreso y bellezas infinitas. La curiosidad unida del científico y del artista, se conjugaron para unirlos y estimularlos en la expedición más apasionante de la Historia: el Año Geofísico Internacional (AGI), que tiene sus antecedentes en los Años Polares Internacionales de 1882 y de 1932, organizados, respectivamente, por iniciativa del explorador alemán Weyprecht y del Dr J. Georgi.

« En 1950 el geofísico estadounidense L. V. Berner promovió la repetición del Año Polar Internacional. En 1952 se reunió en Amsterdam la asamblea general del Consejo Internacional de Uniones Científicas (CIUC), en donde se constituyó oficialmente el Comité Especial del Año Geofísico Internacional, cuyos estudios se extenderían a toda la tierra. Sus programas se iniciaron el primero de julio de 1957, para terminar el 31 de diciembre de 1958, aprovechando la mayor actividad solar. 52 naciones y más de 5.000 científicos trabajan intensamente, esperando resolver problemas y descubrir misterios, que permanecen en la oscuridad, y que, aplicados en la práctica, harán posible la predicción de tormentas, terremotos, tempestades magnéticas, etc., ayudando a la mejor explotación de las riquezas marítimas y terrestres. El programa es muy extenso, pero se concentrará especialmente en el conocimiento de la atmósfera, y sobre todo de la ionosfera; cohetes, satélites artificiales, globos...

« Otro gran centro de estudios serán los hielos eternos de la región Antártica... ¿ Qué riqueza guardan?... ¿ Estamos frente a un Continente o frente a un grupo de islas?... ¿ Cómo influye sobre el clima de las otras regiones?... Los océanos, necesarios para la vida en el Planeta, no son menos importantes en los planes del AGI. Cuando se conozcan las velocidades del desplazamiento de las aguas profundas; sus relaciones con las temperaturas y el mejor aprovechamiento de sus recursos, la ciencia habrá dado un paso enorme en la exploración de la Tierra.

« Los estudios no se limitarán a la Tierra, pues ésta tiene estrechas relaciones con el Sol y las estrellas. Así como los fenómenos terrestres — vientos, lluvias, presiones, etc. — dependen unos de otros, en el gran orden del Universo los astros también son independientes. Maravillas de hermosura como las auroras boreales y australes, se deben a radiaciones del Sol y las estrellas, y esconden, tras su cortina de luces, secretos de progreso... o de destrucción.

« Rayos cósmicos, radiaciones ultravioleta, tormentas ecuatoriales, presiones de la alta atmósfera, panoramas de nieve. Bellezas del universo que concentran la actividad de nuestros mejores elementos, mientras la Humanidad, angustiada, espera la respuesta que decidirá sus destinos:

¿ Lograrán los hombres de ciencia, con su trabajo y su ejemplo, unir a todos los habitantes de la Tierra, por encima de siglos de rivalidades, costumbres y tradiciones diferentes, e infundir la conciencia de una sola y única patria?... »

por BERNARDO PONCE

En este número

Trabajos de Justino Fernández, Zenón, J. Chicharro de León, Puig Espert, Bernardo Ponce, J. Uriel García, Fontaura, Volga Marcos, Puyol, S. Domínguez Mancebo, Luis Capdevila, Luis de Zulueta, Domela Nieuwenhuis, García Tella, Puig d'Agullera y otros.

Continuación del estudio de John dos Passos en el próximo número.

HUMANISMO Y COMUNISMO

EL SACRIFICIO DE LA LIBERTAD

Este es el gran problema político de nuestros días. Pero, bajo ese problema político, late un problema ideológico. Que es, precisamente, el que enfoca Fernando de los Ríos. Su libro resulta, en parte, profético. Mostrándonos el paso del socialismo idealista al marxismo materialista, nos facilita la comprensión de las etapas posteriores: marxismo, leninismo, stalinismo, desestalinización, neo-stalinismo... Yo no puedo escribir sobre Fernando de los Ríos sin una emoción contenida. Fuimos amigos desde los días lejanos de nuestra primera juventud. ¡Cuánto hemos dialogado bajo alguna de las encinas de El Pardo, cerca de Madrid! «Somos pájaros del mismo nido», me dijo después Fernando con su humorismo andaluz, en una de sus últimas cartas, desde Nueva York.

Fernando de los Ríos, filósofo, jurista, político, economista, fué, ante todo y sobre todo, un humanista. El suyo era ese humanismo español con una nota espiritual, mística, heredado de su maestro y pariente don Francisco Giner de los Ríos.

«Para nosotros — escribe Fernando en este libro —, el sentido íntimo del humanismo es el ansia por realizar tanto lo universal humano como lo humano peculiar en cada individuo y en cada comunidad». Ya en el primer párrafo del volumen, subraya el autor «la unidad orgánica que forman el sentido humano de la libertad y las exigencias cardinales de justicia que alimentan la corriente espiritual del socialismo».

Es decir, que, para de los Ríos, la justicia social no puede separarse de la libertad individual sin desgarrar la unidad orgánica de la vida humana. De los Ríos va al socialismo por repulsión al capitalismo. Y el capitalismo le repele, fundamentalmente, porque es antihumanista.

En el capítulo sobre «La sensibilidad humanitaria», dice el autor que esa sensibilidad y el concepto capitalista se distancian, en su evolución, como dos extremos polares. «Capitalismo y humanitarismo — añade de los Ríos — son, en efecto, dos términos antitéticos, contradictorios; la oposición en ellos es esencial, y por mucha que sea la elasticidad del capitalismo en cuanto régimen económico, y es extraordinaria, no puede, en tanto perviva, negar lo que le es consustancial: su indiferencia, cuando no hostilidad, ante lo humano. Esta es su Némesis».

Mas hoy vemos nosotros que también el comunismo ha tenido su Némesis. El capitalismo anteponía las cosas a las personas; la máquina al hombre. También el sovietismo sacrifica el hombre a la máquina; a la máquina de la industria, a la máquina de los armamentos, a la opresora máquina del Estado Total. Y el castigo de la Némesis justiciera ha sido, para el soviético, la pérdida de la libertad.

¡La libertad!... El socialismo nació como un movimiento liberal, libertador y, a veces, libertario. Su eje fué el anhelo de libertad. Recogió la doble herencia de la revolución americana y de la revolución francesa, de la Declaración de Virginia y de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. El socialismo propugnaba la emancipación económica del trabajador precisamente para lograr la emancipación política y la emancipación mental y moral del hombre.

Pero aparece Karl Marx. Al combatir al capitalismo, que no ve en el hombre más que un factor económico, se coloca, como suele suceder, en el mismo terreno del adversario. Hace del materialismo económico la esencia de su sistema, mientras que, para sus antecesores, que reconocían, por supuesto, la importancia de lo económico, la libertad humana era el principio y el fin, el punto de partida y el punto de llegada del socialismo.

El marxismo es la lucha de clases y la dictadura del proletariado. Dictadura transitoria, según Marx, porque el autor de «El Capital», con sus deos de profeta bíblico, vaticina el advenimiento de un tiempo feliz que será el reino de la libertad. Pero nadie sabe cuándo llegará ese tiempo... Lo que viene, ante todo, es la dictadura.

Esta posición se agrava con Lenin. Hay otro libro de Fernando de los Ríos, también tan actual hoy como cuando apareció en 1922: «Mi viaje a la Rusia Sovietista». La conversación del autor con Lenin es uno de los documentos más importantes para la historia del comunismo. «Nosotros — dijo Lenin en esta ocasión — nunca hemos hablado de libertad, sino de dictadura del proletariado; la



Es aquí un libro, que fué de palpitante actualidad cuando se publicó en 1926, y que es mucho más actual todavía hoy, cuando aparece una segunda edición de esta obra, agotada hace años. Me refiero al libro de Fernando de los Ríos sobre «El Sentido Humanista del Socialismo». En estas tres últimas décadas, la actualidad del tema que estudia el autor, no es ya palpitante sino candente.

El socialismo, ayer aspiración ideológica y sentimental, se ha convertido en la realidad tangible del Estado comunista soviético. Ha pasado de la oposición al poder. ¡Y qué poder! El del imperio más formidable de la tierra. Lo que antaño había sido una visión utópica de los humanistas — Tomás Moro, Campanella —, se vuelve ahora contra el humanismo, al trocarse en un duro sistema de gobierno al que está sometida la tercera parte de la humanidad.

ejercemos desde el poder, en pro del proletariado, y como en Rusia la clase obrera propiamente dicha, esto es, la clase obrera industrial, es una minoría, la dictadura es ejercida por esa minoría...»

Confesó Lenin que la dictadura tendría que durar bastante tiempo. Y añadió en otro momento de la conversación: «Si,

en Rusia, y en las llamadas «repúblicas populares», que no son repúblicas sino dictaduras de una minoría, y no son populares, porque en ellas el pueblo no gobierna.

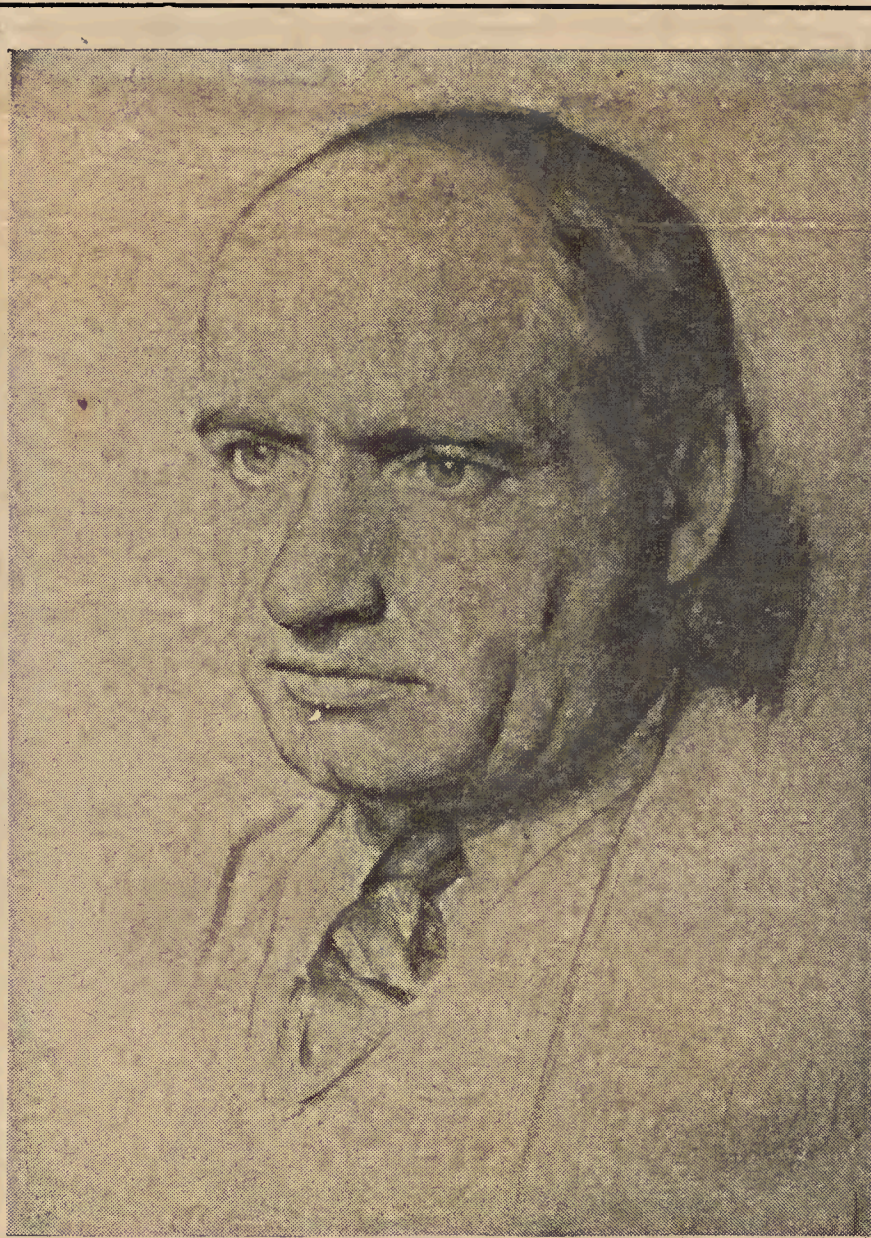
El comunismo, para consolidarse en el poder, ha sacrificado la libertad. «Todos matamos lo que amamos». El movimien-

por **LUIS DE ZULUETA**

sí; el problema para nosotros no es de libertad, pues respecto de ésta, siempre preguntamos: ¿libertad para qué?»

Han pasado 36 años, y todavía esas frases dan la pauta al régimen que impera

to socialista, para triunfar, ha matado lo que más amó. A veces siente el remordimiento; todavía cree oír la voz inacallable de su víctima; aún teme que la libertad resucite.



JOSE ORTEGA Y GASSET en 1926. (Dibujo de Callicó.)



Así se explican hoy esas discusiones y forcejeos reiterados entre los gobernantes comunistas y los escritores, profesores, estudiantes, intelectuales y artistas de su país. Todos éstos piden que se les deje expresar libremente sus ideas y sentimientos, en tanto que los gobernantes de los pueblos soviéticos o sovietizados, se empeñan en mantener una línea obligatoria, la línea oficial dogmática, respecto a la cual todo pensamiento independiente es «desviacionista». Las ciencias, las letras y las bellas artes deberán calcar sobre el patrón del «realismo socialista», y los discrepantes serán condenados al silencio, con la amenaza, si lo rompen, de caer en el silencio eterno.

En un mismo día, el día en que estoy escribiendo este artículo, he leído en la prensa sendos cablegramas de Moscú, de Varsovia y de Sofía. Los tres coinciden, desgraciadamente. En Rusia, declaraciones de Krushev, en las que amonesta a los escritores y les impone un conformismo de tipo staliniano. En Polonia, la tesis oficial de que los poderes comunistas no ejercerán presión sobre el autor de un libro...; mientras el libro no se publique! Si quiere publicarlo, el gobierno decidirá si lo permite o lo prohíbe. En Bulgaria, resucita Cherventor, «el pequeño Stalin» y los escritores se ven forzados a retractarse de sus herejías.

Como Fernando de los Ríos predice, el comunismo totalitario ha venido a ser el polo opuesto al sentido humanista del socialismo. Ante esa tragedia contemporánea, pienso yo en la legendaria tragedia de Ifigenia, un tema que ha tentado a los humanistas de todos los siglos, desde Eurípides a Goethe.

Ifigenia, hija de Agamemnon, fué sacrificada por su propio padre para aplacar a los dioses que, desencadenando vientos contrarios, impedían la salida de la flota griega, retenida en Aulida. En la tremenda tempestad de nuestros días, el comunismo soviético, para eliminar los vientos adversos y lograr que sus naves, sus naves aéreas, marinas y submarinas, avancen poderosas a través del oleaje del mundo, ha consumado el sacrificio de la Libertad. Los dramaturgos dieron a sus «Ifigenias» diversos desenlaces. Según algunos, Ifigenia no muere. La salva milagrosamente Diana convirtiéndola en su sacerdotisa, persona divina e inspirada. ¿Morirá la Libertad?... Hoy podemos leer la «Ifigenia en Aulida» o la «Ifigenia en Táurida». No sabemos aún cómo habrá de escribirse la «Ifigenia en Moscú».

SUPLEMENTO LITERARIO DE

SOLIDARIDAD OBRERA

Journal autorisé par l'arrêté ministériel du 8 mars 1948
Giros a C.C.P. Paris 1350756, Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe (PARIS X)

TELEFONOS
Red. y Ad. BOT. 22-02
Talleres PRO. 78-16

SUSCRIPCION INDIVIDUAL
trimestre 180 francos
semestre 360 francos
año 720 francos
Exterior : 210, 420 y 840 francos respectivamente.

El Mundo es así

por ZENON



BUENOS Y MALOS. — Cuando llueve, el agua que cae puede mojar y moja a todo el mundo, es decir, a buenos y malos; pero la lluvia acostumbra a mojar más a los buenos porque los malos robaron el paraguas a los buenos. — E. Kinley.

MARAVILLA. — Maravilla es vivir en este mundo tan desnivelado y contradictorio permaneciendo puro como el sol, que se posa en un campo de espigas, pero también sin mancharse en un lodazal. — Remilly-Droz.

SE ESPECULA HASTA CON LOS AUTOGRAFOS. — No gusto de ir a París. Tampoco me atrae vivir allí. Hay demasiada gente, y demasiados pedigoneos de autógrafos. No faltan éstos en la Costa Azul y por cierto que el otro día se me acercó una chiquilla para pedirme uno. Firmé porque tenía ella aspecto gentil. Después de guardar el papel me preguntó la mar de seria si podía yo saber el precio del autógrafo cuando la pequeña tratara de venderlo. Mi reacción fué decir a la chiquilla que era una mala persona, a lo que replicó ella: Nada de eso; no me tengo por mala persona; lo que soy queda perfectamente claro: una chica moderna. — Prensa de París, 9-1-58. Palabras atribuidas al pintor malagueño Picasso.

ASI SON LAS FIESTAS MUNDANAS. — A cierta fiesta mundana llega un invitado con retraso y ruega al personal de la puerta que se le introduzca sin pérdida de tiempo en el salón. Un criado llama aparte al invitado que acaba de llegar y le dice con aire entre misterioso y picaresco: Imposible dejarle pasar. La patrona está cantando y si abrimos la puerta seguro que escapan la mitad de los invitados. — Anécdota oída en una tertulia de Niza.

VERDADERA MENTALIDAD INGLESA. — Los ingleses admiran siempre a los que les hicieron temblar de miedo. Ejemplos inmediatos: Juana de Arco y Napoleón. Pero no admiran a tales figuras más que si en la pugna con ellas, los ingleses acabaron por vencer. — Georges Aubin, « Nous les Cap-Horniens ».

ETERNA VERDAD OCULTA. — Dice usted la verdad y es precisamente la verdad lo que hay que callar. Al decirlo es cuando precisamente molesta, altera y aterra a todo el mundo. — El escritor Montherlant a H. d'Anfreville, autor de « Neufrage des sexes »; reciente premio Sainte-Beuve.

PRIMERA TRAGEDIA DEL MUNDO. — Hay en nuestro planeta 700 millones de analfabetos. De cada cinco personas, dos son absolutamente iletradas. América central y meridional contiene 40 millones de adultos analfabetos y Europa meridional más (mucho más) de 20 millones. — « Co-reo de la Unesco », número de marzo 58.

INGENIOSA DEFINICION. — Se advierte lo que es adolescencia cuando los jóvenes empiezan a darse cuenta de que las chicas de su misma edad (o aproximada) se fijan en los jóvenes que miran a las chicas. — Cecil Saint-Laurent.

GENERACION SAGAN. — Mucho se habla de la generación Sagan, como si esta millonaria pudiera ser modelo de jóvenes de ambos sexos que no poseen ni un cobre. Y por cierto que la joven millonaria acaba de casarse, y no con un hombre de sus años, sino con quien por la edad podría ser su padre. Caso de expreso desafecto a la juventud que la propia F. Sagan justifica, en una revista gráfica burlándose de los jóvenes como una anciana se burlaría de un cadete. — Leído en « Noir et Blanc » 21-3-58.

LECTORES GAMBERROS. — Un servi-

cio de estadística que centraliza encuestas internacionales, revela que el 70 por 100 de novelas que se compran son del género fálico. — Revista « Noir et Blanc », 21-3-58.

CARENCIA RELLENA. — Se sabe ya que en Norteamérica hay servicios militares auxiliares que desempeñan las mujeres. Una empleada de tales servicios auxiliares con cargo importante declara que va a distribuir falsos senos a las muchachas militarizadas. Se trata de rellenos para remediar una carencia tan trágica como el superávit pectoral vacuno de Marilyn Monroe. — La misma publicación.

CAUDILLESA CON GORRO COSACO. — La caudillesa de España aparece con gorro ruso cosaco en el puerto de Lisboa antes de embarcar en el vapor « Veracruz », peraparado para levar ancla con rumbo a la isla de Madeira. — « ABC » de Madrid, 19-3-58, fotografía reproducida.

HISTORIETA CELESTIAL. — Una mujer consigue a fuerza de fignear en la vida del marido que se imponga éste penosamente el sacrificio de no fumar durante la temporada de cuaresma. Al dejar de fumar empieza el penitente a descubrir los menudos defectos de su instalación doméstica, que la anestesia del tabaco, por lo visto, le disimulaba antes. Le parece insipido el almuerzo y mal varado el colchón. Considera que con sus pitillos renunciados compra como una compasión universal que obliga a todos a compensar y equilibrar ese vacío. A ella le gustaba ir a ver en el « cine » las películas sentimentales, en las que se dan los protagonistas esos largos besos sabios, inventados hacia poco tiempo y a los que ella había llegado ya tarde. Pero a él le gustaban más las películas de tiros, indios y caballos. No compraba ya, en los pascos del domingo, los merengues que tanto le gustaban a su mujer. No parecía ordenado que si él no fumaba ella comiera merengues. Y como tenía el marido tensión alta y venas endurecidas murió como un pajarico. Cuando llegó al cielo, al querer ver reconocidos sus méritos de penitente abstemio, halló esta nota en el correspondiente libro de registro: Arrondo (la mujer de). Mérito propio de ella: una cuaresma sin fumar su marido. — Artículo de J. M. Pemán, « ABC » de Madrid, 5-3-58.

NO SABEMOS GRAN COSA. — En efecto, no sabemos lo que nos pasa y eso es precisamente lo que nos pasa. — Ortega Gasset.

LOS BABIECAS DE ANTES. — Ahora que se habla con las mujeres, no se habla de mujeres. Las de horas que gastó el español hablando de mujeres, como si fueran seres misteriosos y sobre todo habitantes de un país muy lejano! Una variante de las conversaciones sobre mujeres era el relato de aventuras amorosas. La fantasía de cada cual se despachaba a su gusto, fantasía erótica (de impotentes) sólo comparable por su fruición a la de los cazadores. Pobres aventuras amorosas! que conoció uno en su juventud! Miseros amoríos que en el café se convertían en deslumbrantes episodios, soñados, que no vividos. Los donjuanes no tienen nada que hacer hoy que tan asequible es el trato con las mujeres. ¡Estamos rodeados de mujeres! ¡ Toda la vida hablando de mujeres y ahora que podemos conversar con ellas resulta que ellas hablan un lenguaje diferente y no podemos entendernos! ¡ Y ni un café para cobijo de nuestro fracasado donjuanesismo de ayer y de hoy! — Antonio Díaz Cañabate, prensa española 15-3-58.

SUPLICIO DE TACONES. — Una tremenda angustia sobreviene al transeúnte de esta época que vive en densas ciudades y sale a la calle con el pensamiento puesto en temas propios graves o leves y ve de pronto delante de sí una mujer de cualquier edad embebida toda ella y con finada en tacones altos. Parece que su personalidad está en los tacones, que respira por los tacones, que a los tacones apela desesperadamente para exhibirse peripuesta y coqueta, compitiendo con el resto de la grey femenina. El pavimento

es duro, a ratos poco plano, casi siempre irregular y quebradizo. No importa. Siempre se puede pisar el asfalto reluciente de una escalera con el estrépito que pisaría cualquier caballo las losas de una catedral. Tienen los tacones tan escasa base de sustentación, que no se sostendrían (fuera los zapatos de los pies) sobre un plano. La taconista quiere aparecer ondulante y retrechera, pero la verdad es que no se da cuenta de que lo que hace en realidad es cojear de los dos pies. Difícilmente va del brazo de un hombre sin hacer que éste se tambalee como ella, igual que un beodo. En esta época que los inmovilistas consideran tan deportiva, el tacón alto destruye la posición normal de la matriz, desnivela el abdomen con martirio de pie y pierna y es desafío a la razón, como a la higiene y a la estética. Cuando la fémina ultrataconada y ultrasupliciada llega a sentarse pone cara risueña. Mientras camina es una coja. ¿ Puede concebirse una Venus modélica con tacones? En la vivienda desaparece el tacón. No hay que tentar al tentado. Se supone Eva tentadora por sus tacones, creyendo que hacen éstos de una pierna indiferente una pierna de lascivia explosiva. Si cree ella tal cosa siendo disipada y mundana, el solícito Adán — manso perdido — tiende a creer lo mismo para complacer a su adorada pareja, que en realidad viste y calza como le da la gana. Y así es como se generalizan los tacones, que falsifican la estatura imponiendo la más atroz cojera. Son, además, los tacones, prueba de lo que domina en los centros urbanos la aldeanería mujeril endomingada, pues si la aldeana se viste para visitar la ciudad o sale del hospital, no prescinde de los tacones aunque sean su peor suplicio. Resulta francamente humorístico del género grotesco que la mujer tenida por mundana se crea al cabo de la calle sublimando sus pies porque la cabeza no le sirve de nada. — Visto y oído.

DEPORTE Y CARNAVAL. — Existe un fanático del fútbol en Italia que adora a los jugadores de su equipo preferido, el de Roma. Hay otro fanático que se juega la vida por los equipiers del Lazio, rival del Roma. El fanático del equipo de Roma pierde una apuesta, que gana el fanático del equipo de Lazio. Se trata, naturalmente, de una apuesta sobre resultado de tal o cual partido. Perder significa que el desafortunado ha de ingerir por compromiso contraído y en plena calle una imponente cazuela de spaghetti, cosa que hace en medio de la rechifla general. Otro fanático del equipo romano, derrotado un domingo reciente por el Lazio, se comprometió a pasear por una calle céntrica cuatro vacas vestidas con camisetas de noche, cosa que hizo coreado por la risa de los transeúntes. — Prensa deportiva italiana.

VOCACION DE CERRAJERO. — Recuerdo haber examinado el caso de un niño que deseaba ser cerrajero. Si se le preguntaba el motivo de tal vocación, contestaba que se encontraba más a su gusto que nunca fracturando cerrajas. — Doctor Gilbert Durtal « Journal d'un psychiatre ».

IDEA CENTRIFUGA. — Como alcalde de Saint-Mandé tengo que decir que los vecinos de allí consideran vuestro París como « banlieue » de Saint-Mandé. — Prensa del 19-3-58.

HISTERISMO NUNCA VISTO. — El cantante Frank Sinatra recibe 250 mil letras de amor cada temporada y supera todos los alardes de histerismo femenino fálico vistos hasta ahora. — Prensa del 19-3-58.

POESIA SIN SUSPIRO. — Si al ser feliz creo serlo
Sufro en mi dichoso estado,
Pues que me hace desgraciado
Sólo el temor de perderlo.
Si soy feliz sin saberlo,
Pues no lo sé, no lo soy.
Que ayer lo mismo que hoy
Ser feliz nunca podré,
Pues si lo soy no lo sé
Y si lo sé no lo soy.
Joaquín Bartrina.

POEMA INGLÉS. — No sólo influye Joan Miró en el ramo de la pintura. Su obra ha dejado sentir en este país (Inglaterra) efectos de sortilegio. En el libro de Ruthven Todd, « The Planet in my Hand » figura un poema titulado « For Joan Miró », que traducido dice así: Hubo un tiempo con cerámicas campesinas y una enjuta liebre parda sobre la mesa de olivo de aquel cortijo mágico; tiempo hubo cuando andaban todos los histriones pavoneándose por la feria y ninguno de ellos era objeto de injuria ni daño; tiempo hubo para cierto pastor que llevaba a pacer a su toro bravo por angostas sendas de maizal olvidado. Conocía el pastor la secreta línea y las extrañas formas que encajan en los sueños; suyo era el hechizado vino cabecero y el aullante perro en la tienda de campaña del firmamento. Hubo tiempo en que el pastor poseía todo un país de ensueño cuando el sol brillaba a través de las frondas encantadas como si hiciera encaje. — Cita del libro de F. Lorda Alaiz « Joan Miró en Inglaterra », 1957, libro escrito en Londres y publicado en Palma de Mallorca.

TEORIA Y PRACTICA. — El corazón de Juan-Jacobo Rousseau, lleno de sentimientos delicadísimos, estuvo siempre hasta las lágrimas desbordando de amor por el niño abstracto, universal y poético. Pero, por otra parte, a sus pobres hijos concretos — cinco — habidos de su propia mujer, los mandó al asilo de huérfanos y expositos para convertirlos en hospiciarios. Intenta disculparse de esta enormidad en el amable libro « Ensueños del pasante solitario ». Le pasaba a Rousseau con las marquesas lo contrario que con los niños. Adoraba vivir entre marquesas concretas, históricas y particulares hasta que al fin se enamoró de modo platónico de la marquesa de Houdetot, algo picada de viruelas. Este mismo Rousseau, con su resentimiento, odiaba y sobre todo hacía odiar a las marquesas abstractas. — Artículo sin firma, prensa del 20-2-58.

AHORA RESULTA QUE DUELE LA CORNADA AL QUE LA DA. — Disfrutar de refinamiento mental, ser humorista, emplear lo que se llama ingenio, sobre todo agresivo, no equivale a inteligencia... Así lo manifiesta un profesor de la Universidad de California, Martin Grotjahn. Para éste, el genio humorístico crítico es síntoma de cierto picante complejo de agresividad. El pensamiento incisivo, lo insistente burlesco, una arremetida ingeniosa, la frase aguda, la diatriba, el concepto de choque, son chanzas del subconsciente, por el que se libera el individuo de la grosera carga colérica que es para él tener la mente en secreto y no estable estado explosivo. La misma risa es a menudo derivativo de hostilidad según Grotjahn. — Prensa del 23-2-58.

PASAR A MEJOR VIDA. — Riverica era un alegre vividor que deseaba gozar de las cosas alegres de la vida, pero su mala situación económica le obligaba a privarse de ellas. Cuando murió su tío, viejo y rico, le dejó una considerable herencia. Riverica envió a sus amistades una carta comunicando la muerte en esta forma: Ayer, a las cinco de la madrugada, mi tío y yo pasamos a mejor vida. — Historieta de calendario mural 5-2-58.

QUE SE REPITA! — La más bella conquista del hombre no es el caballo. La más bella conquista del hombre la gana sobre y contra sí mismo. Es el silencio. — P. Daninos, prensa del 5-2-58.

CHAMPAGNE PROTEGIDO. — Por cada litro de champagne que se vende a mil francos, reclama el Estado 11,50 francos de tasa. Por mil francos empleados en gaseosa reclama el Estado 264 francos. — Prensa 16-2-58, copia de una información oficial.

REIRSE DE LOS PADRES. — Cuando tenía yo unos doce años caí de repente enfermo. Mis padres estuvieron discutiendo gravemente acerca de la enfermedad hasta que llegó el doctor. Pensaba mi padre que lo que yo tenía o iba a tener era nada, menos que escarlatina y mi madre que el malestar estaba producido por inminente erupción de viruela. Lo que en realidad me aquejaba era un ejercicio de geografía. — Anécdota oída, atribuida a Bernard Shaw.



EL VALOR SOCIAL EN LA OBRA LITERARIA DE ZOLA

Un hombre y su tarea



Reciente la adaptación cinematográfica de algunas obras de Emilio Zola. Se han proyectado en la pantalla, más o menos modificadas a condiciones de ambiente y de época: « Gervasia », « Pot-Bouille », « Teresa Raquin » y alguna otra. Ello ha dado, una vez más, oportunidad para hilvanar comentarios en torno a la personalidad de Zola, en tanto que hombre y como escritor.

Hoy, como en vida del autor de « Germinal », las opiniones son dispares. El tiempo ha ido creando como una perspectiva que permite un examen sereno, bien diferente a la turbulencia de pasiones que brotaban a la aparición de cada una de sus principales obras. No obstante, como en vida de éste, suelen ser particularmente aquellos cuya interpretación del vivir social es bien distinta a lo que deseaba que fuera el autor de « Trabajo », quienes evidencian su desacuerdo. No puede negarse que ha habido marcada obstinación en amplificar aquellos aspectos, en el modo de escribir de Zola, revistiendo más señalada crudeza en su matiz realista. Se han acrecentado los defectos pasando por alto, las más de las veces, lo que son cualidades. Cualidades que examinando las cosas con criterio ecuánime, superan en mucho a lo que pueda haber susceptible de enmienda en toda su obra.

o, reconoce el atisbo de Zola al enfocar an « vulgares » motivos. Se trata del ambiente obrero, de ahí que sea un motivo « vulgar »... Posiblemente, de haberse referido a los personajes que brujulean en los libros de Proust, por ser ya ambiente aristocrático, no hubiera dicho que se tratara de « motivos vulgares ».

Nacido en el seno de una familia de clase media, que tuvo sus vicisitudes, Zola conoció, siendo aún joven, los efectos que producen los reveses de fortuna. A la edad en que otros estudian, respaldados por la atención familiar, sin preocupaciones de ninguna especie, tuvo que lanzarse a la conquista del pan. A los diecinueve años, con estudios incompletos, sin valederos que le apoyen, su suerte es bastante más precaria que la de cualquier joven habituado al trabajo manual; a la de cualquier obrero acostumbrado a faenas rudas y a sobreponerse a toda suerte de privaciones. Se hallaba en París, la villa tentacular que tantas ilusiones ha marchitado. Conoció las vicis-

obra. Escribió en aquella ocasión: « He defendido al señor Monet, como defenderé toda mi vida al individuo sincero que sea atacado. Estaré siempre al lado de los vencidos. Existe una lucha evidente entre los temperamentos indomables y el vulgo. Yo estoy con esos temperamentos y ataco al vulgo ».

A la par de la tarea periodística, Zola que era un esforzado trabajador de la pluma, por algo había tomado como divisa el conocido aforismo latino: *nulla dies sine linea*, escribía sus primeras novelas. Su firma era ya conocida y no carecía de editor que le publicara sus libros.

Evidentemente, Zola era un literato, cosa bien distinta de lo que se denomina un « hombre de ciencia ». Amaba la ciencia por lo que ella supone de adelanto para la humanidad. Trataba de fundamentar en datos científicos sus observaciones, mas no es cosa de exigir en sus obras el rigor y la precisión propias del que a

cia ha llegado a ser tan intensa, provocando los más diversos y apasionados comentarios. Con su método naturalista, abordó Emilio Zola la novela social, como nadie antes lo había hecho. Y lo hizo con un criterio ampliamente liberal. Las más vanguardistas opiniones, en material social, pasan por sus libros.

La influencia de Zola se ha dejado sentir, al través de sus libros de un modo muy particular en los trabajadores de mente evolucionada de unos y de otros países. Y bien: ¿ acaso ello, de por sí, no es suficiente para conferirle al escritor un valor moral elevado ?

Tenía ya asegurada una cómoda y brillante situación. Podía dormirse en sus laureles, como suele decirse, y, no obstante, ante una manifiesta injusticia, como lo fué el proceso Dreyfus, Zola se lanzó decidido a la pelea, bregando en favor de aquel hombre, capitán en el ejército, a quien acusaban de traición con falsas pruebas. Su « Yo acusó » adquirió por doquier tremenda resonancia. Con viril decisión y una argumentación ceñida a la verdad, acusaba a los acusadores, pidiendo la libertad de un inocente. Su gesto pudo costarle bien caro, dada la oleada de fanatismo reaccionario que se le echó encima. Económicamente podía haber sido el hundimiento de su situación y la de su familia; podía haber perdido todo su prestigio moral; podía incluso perder la vida. Todo lo afrontó con arrojo, dispuesto a que luciera el sol de la justicia, dispuesto a vencer o a caer en la brecha, como hubieran caído otros que como él, y a su lado, hicieron frente a la reacción, personificada en el Ejército, en la Magistratura, en la Iglesia, y en la Nobleza.

Fué con motivo del resonante proceso Dreyfus que Anatole France, refiriéndose a la intervención de Zola, dijo de éste que representaba « un momento en la conciencia humana ».

Todos los hombres de verdaderos sentimientos liberales se pusieron al lado de Dreyfus, injustamente condenado. Lo de menos era la ocupación que tenía habitualmente el acusado. Más que al capitán degradado, se defendía a un hombre al que individuos representando instituciones querían perder para siempre. La aventura le costó a Emilio Zola no pocos sinsabores. Tuvo incluso que abandonar la Francia, refugiándose durante una temporada en Inglaterra. A la postre Dreyfus fué rehabilitado. La reacción tuvo que hacer marcha atrás. Y no cabe duda que Zola contribuyó a ello de un modo destacado al dar a luz su « Yo acusó ».

Hijo de Francisco Zola, ingeniero civil, y de Emilia-Aurelia Aubert, Emilio Zola nació en París, el día 2 de abril de 1840. Vió la luz primera en pleno centro de la capital, no lejos de las Halles y de la Bolsa.

Fué en París, el 29 de septiembre de 1902, que Emilio Zola dejó de existir. Tenía sesenta y dos años. Gozaba de una perfecta salud y se hallaba en plena lucidez mental. Podía pues haber dado mucho de sí de no haberse presentado un estúpido accidente que dió fin a su vida. Hallándose obstruido el tubo de la chimenea de la estufa de su casa, en ocasión de encontrarse Zola y su esposa durmiendo, las emanaciones de gas desprendidas del carbón le fueron fatales, falleciendo de asfixia.

El fallecimiento de Zola causó enorme sensación. Todo lo más selecto de la intelectualidad, ya no solamente francesa sino de los demás países, se asoció al duelo. En el entierro del popular escritor fué nota destacada el que acudieran miles de obreros de París y de sus barriadas.

Anatole France, que en más de una ocasión no había ocultado su disconformidad con algunas de las obras de Zola, singularmente con referencia a « La Tierra », pronunció en el acto del sepelio, sentidas frases de elogio: « Zola — dijo — era un hombre de corazón inmenso ». « Zola era bueno. Tenía la franqueza y la simplicidad de las almas grandes. Era profundamente moral. Describió el vicio de una manera ruda y virtuosa ». « Este realista sincero era un ardiente idealista ». « Zola luchó por la justicia y la verdad ». « Sobre el más prodigioso conjunto de ultrajes que la tontería, la ignorancia, y la maldad hayan jamás levantado, su gloria llegaba a una altura inaccesible ».

Y así podrían llenarse páginas y más páginas transcribiendo opiniones favorables al autor de « Germinal ». Opiniones dictadas por sincera simpatía, sin sombra de adulación. Opiniones de quienes, como Zola, han mantenido en lo íntimo de su ser la fe en el progreso moral y material de la humanidad.

por FONTAURA

tudes, el amargor de alma del que ve cerrarse las puertas por el hecho de ser un desconocido.

Mas, poco a poco, gracias a su talento, y, sobre todo, a su perseverancia, logró ir abriéndose camino. Tras de no pocas negativas al solicitar empleo; tras de chocar muchas veces con las expresiones desdeñosas y la altivez de directores de periódicos, fué gracias al periodismo que pudo ir ganando algo. En 1865 vivía de lo que le producía una colaboración semanal en « Le Petit Parisien », de París, y otra quincenal en « Salud Public », de Lyon. Bien poca cosa.

Adquiriendo algunas relaciones, pudo conseguir alguna otra colaboración. Así en « L'Événement » se comprometió a escribir una sección de crítica de arte. Pero en dicha publicación la mayoría de lectores no vieron con buenos ojos el temple independiente de Zola al expresar su criterio respecto a los artistas de ayer y de hoy. Como tantos que al principio de su carrera fueron incomprendidos así ocurrió con Manet. Zola no dudó un momento del talento, de la originalidad del artista a quien, críticos de relumbrón, consideraban una mediocridad. Los responsables del periódico trataron de hacerle ver al futuro autor de « L'Assommoir » que no era conveniente ir contra las inclinaciones de la mayoría de lectores. Zola no quiso transigir. No compartía aquel conocido criterio de Lope de Vega:

Puesto que el público es quien paga, es justo, Hablarle en necio para darle gusto.

Dimitió de su tarea y lo hizo exponiendo, de un modo firme y categórico, su criterio; el sentir que mantendría después a lo largo de su vida y en toda su

la ciencia dedica todos sus desvelos. Lanson, en su citada « Histoire de la Littérature Française », reprocha a Zola su pretensión de científico. Dice que jamás ha percibido dicho escritor la diferencia que existe entre una experiencia científicamente realizada en un laboratorio de química o de fisiología, y las pretendidas experiencias en la novela, donde todo transcurre en la cabeza del autor, y que, en resumidas cuentas, no son más que hipótesis más o menos arbitrarias. Agrega que, pese a sus ambiciones científicas, Zola no es más que un romántico.

Zola había creado su concepción naturalista de la novela a tenor de sus observaciones en torno a las ideas de Claude Bernard, expuestas en la obra de éste: « Introduction à l'étude de la Médecine expérimentale ». Evidenciaba así su criterio: « El papel del novelista, buscando la verdad, describiendo el juego de las pasiones en la conciencia humana; no teniendo necesidad de inventar historias complicadas, sino hallando el interés del relato en acontecimientos verosímiles recurriendo a los inagotables temas de estudio ofrecidos por los mil aspectos del hombre y de la naturaleza ». (« Une définition du roman », disertación literaria enviada al treinta y tres Congreso Científico de Francia, celebrado en diciembre de 1886 en Aix-en-Provence). Le había llamado la atención una expresión de Claude Bernard en la obra citada. Decía aquél: « El experimentador es el juez de instrucción de la natura ». A lo que Zola aducía: « Nosotros, los novelistas, somos los jueces de instrucción de los hombres y de sus pasiones ».

De lo esbozado nació esa interpretación de la literatura naturalista cuya influen-

EL ARROZ DE SOLLANA

(Pinceladas valencianas más que cuento)

Así como en otras regiones y comarcas españolas son las masas corales las que predominan, en Valencia es la banda de música la institución popular y el acicate de una cultura artística bastante desarrollada.

El labrador valenciano, después del agotador trabajo de la jornada, tiene aun arrostros y fuerzas para asistir a los ensayos, olvidando por unas horas el manejo del azadón y del arado por el del clarinete o la trompa, pongamos por ins-



trumentos. Y este campesino que, de sol a sol, no tiene más compañía que la de sus tierras y animales de labranza, está familiarizado con la pauta y sus claves y no ignora a Saint-Saëns, Grieg, Dvorak, Rimsky Korsakof, etc. entre los compositores extranjeros, y no digamos nada de los autores de casa.

Situados ya nuestros pacientes lectores en el ambiente musical valenciano, pasemos ya a esta especie de cuento de cuya realidad podemos dar fe.

Nos hallamos en un burgo que en la época a que nos referimos se componía de unos 5.000 habitantes y está situado cerca de la capital. Si ustedes sienten la comezón de saber su nombre, le llamaremos... Sotoburgo. ¿No lo creen? Nos es igual. De todas formas, para el cuerpo del relato poco importa.

Pues bien, en Sotoburgo existía un San Roque en la ermita de su mismo nombre situada en una de las extremidades del pueblo — aunque ya ahora está en la mitad del poblado, tanto y tanto ha crecido éste — a cual le hacían fiesta los sotoburgueses, y de las buenas, todos los años el día 16 de agosto.

Ya saben ustedes que el Santo de referencia va acompañado de un perro; pero lo que no saben es que a este animal — esclavo más que amigo del hombre — le dedican también los vecinos al día siguiente, el correspondiente homenaje después del de su amo, seguramente para que no le tenga celos: diciéndole el día del « gos », esto es, del perro, ya no es



necesario decir de qué fecha se trata. Y ese día, en Sotoburgo no quedan recluidos en sus casas sino los viejos muy viejos y los enfermos, unos y otros con los familiares a su cuidado. Todo el mundo sale a la montaña, se esparce por los tres pinares que circundan la aglomeración y pasan toda la jornada « haciendo el perro », es decir, holgando, consumiéndose grandes cantidades de arroz en paella; longanizas, « botifarretes » y lomo en tomate, pan a discreción y vino a todo meter, bebido en barral, contemplando la bóveda celeste, mejor dicho, el surtidor no muy delgado del clarete del llano de Liria.

Si todo esto no tiene importancia, allá nosotros con la responsabilidad de la divulgación — el subtítulo de estas cuartillas es « Pinceladas valencianas más que cuento » — ; sirviendo en todo caso para continuar echando más pintura sobre el lienzo.

La cosecha de cebollas, principal fuente de riqueza de Sotoburgo, había sido tal aquel año que los más ancianos del pueblo no habían conocido ni habían oído hablar siquiera de cosa parecida. Y como tal bendición fué atribuida a Santo Patrono, se pensó en festejarle con rumbo y esplendor, echando la casa por la ventana.

Para la misa mayor se convino en que

en toda la región valenciana los músicos tienen fama de ser muy buenos en su oficio y de ser muy fuertes comedores; por ello es proverbial la frase de que es preferible regalarles un traje que convidarles a comer.



Ello seguramente arranca de la costumbre que existía — o existe — en muchísimos pueblos, sobre todo en los de la huerta, de alojar en las fiestas en las casas de los claravios, a los músicos de la banda forastera contratada para alternar con la de la localidad, o también, a los que actuaban en las ceremonias de la iglesia, cantores e instrumentistas.

En la provincia de Valencia, especialmente, no hay pueblo grande o chico que no tenga por lo menos una banda de música de más o menos plazas, pero en muchos de ellos existen dos: la « vieja » y la « nueva », alrededor de las cuales se asocian los vecinos en círculos, constituyendo tales agrupaciones, en pasadas épocas, los pivotes alrededor de los cuales giraba el tinglado electoral. Eran los de la « banda vieja » o los de la « banda nueva » los que ganaban o perdían, no los liberales o los conservadores en el edénico y pacífico turno de partidos.

se interpretase la partitura titulada del « Papa Marcelo »; para decir el panegírico del santo, se contrató nada menos que a un predicador de campanillas: el P. Rabasa, que entonces era el que cortaba el bacalao, y en la orquesta, de veinte ejecutantes, figuraba como primer violín un

dejaba a veces de ser emulación para convertirse en celos que en algunas ocasiones estuvieron a punto de terminar en tragedia.

Un día era la lengüeta del clarinete de Quico sustituida por otra sin vibración adecuada. Otra vez era Batiste quien es-

por PUIG ESPERT

gran maestro que respondía por el apodo de « Pollastre », y como tenor « vedette » et no menos cotizado Traver.

Además de la del pueblo, que no era muy famosa, se hicieron venir cuatro bandas forasteras: la de Sueca, primer premio en el Certamen Musical de la Feria de Julio de Valencia del año anterior; la también laureada de Cullera, y no menos famosa, y las dos del pueblecito de Monserrat el cual, contando escasamente 2.000 habitantes entonces, se permitía disponer de dos agrupaciones musicales.

Pero todas las buenas disposiciones de los claravios — todos jóvenes v solteros, pues los hombres casados pertenecían a la cofradía de San Miguel — hubieran caído en saco roto sin la autorización del señor Alcalde, el cual era un republicano librepensador a macha martillo. Sin embargo, el señor Alcalde tenía un lado flaco: era gran aficionado a la pólvora y su diversión favorita era situarse en la « cordá », especie de batalla de cohetes sueltos disparados en un trozo acotado de la indispensable calle Mayor. Vestido como todos los claravios y hombres valientes con un traje de rayadillo bien ajustado y bien cerrado en el cuello muñecas y tobillos, era siempre de los que más « lea hacían disparando y devolviendo cohetes a buen brazo, o sentado frente a una mesita de taberna llena de cacahuetes y altramuces y un gran barral de vino.

— ¿Queréis que os autorice la fiesta de iglesia y la procesión?... Pues habéis de poner en el programa la « cordá », un gran castillo de fuegos artificiales y una « mascletá » de 5.000 morteretes v un « engrallat » que dé la vuelta al pueblo.

¡Pues claro que hubo mucha pólvora, con « cordá », y de las buenas!

Todo resultó aquel año a pedir de boca, hablándose de aquellas fiestas durante mucho tiempo.

Solamente hubo una modificación en el programa: Una de las bandas, la de Cullera, que tenía que actuar al día siguiente en otra parte y no podía unirse al regocijo común marchando a la montaña y ninares en celebración del « día del negro », se convino en que los músicos que podían permanecer la noche del 15 en Sotoburgo — pues muchos de ellos, con su director e instrumentos era preciso que por la tarde saliesen del pueblo — comieran la clásica paella en casa del claravio mayor, conviniendo en hacer el ágape en el huerto de árboles frutales de aquél situado detrás de su casa.

Entre los músicos que se quedaron hasta el anochecer, se encontraban: Quico « el clarinete » v Batiste « el trompa », tan buenos solistas como adoradores de Pantagruel. Eran capaces de « sonlar » y de masticar doce horas seguidas sin cansarse. ¡Eran muy valientes los dos en pulmón v estómago!

Sin embargo, a pesar de su compañero, no podían ocultar cierta competencia que

tuvo a punto de fracasar en un concierto por contener su trompa un atasco de papel mascado...

Pasadas tales bromas, aquello se olvidaba, aparentemente, por lo menos. Uno y otro, no obstante premeditaba sus venganzas, que eran cada vez más crueles.

Pero ya había mucho tiempo que no se habían molestado en lo más mínimo y todos sus compañeros de banda creían que con la edad — porque ni Quico ni Batiste eran reclutas del último sorteo — habían ganado también en cordura.

Y llegó el momento de la paella en el huerto del claravio mayor.

Sotoburgo rebosaba de contento y de satisfacción, pues no había nadie que pudiese ningún « pero » a los organizadores.

Terminada la « mascletá » que fué disparada, en punto de mediodía, la gente se dispersó y la plaza de la iglesia quedó pronto vacía.

Los estampidos finales del engrallat produjeron la rotura de los cristales de tres faroles del alumbrado público de gas v siete más de los balcones de las casas fronterizas. Pero la Casa de la Villa pagaría los vidrios rotos.

Quico « el clarinete » v Batiste « el trompa », estaban juntos como de costumbre, aunque algunas veces hubieran regañado momentos antes. A la hora de la « manducanda » desaparecía en ellos todo resquemor. Su rivalidad se traducía entonces en un casi silencioso « match » de ir v venir de cucharas del plato a la boca y de la boca al plato, en competencia mutua, movimiento solamente interrumpido de cuando en cuando por el levantamiento de codos, asida la mano al barral a guisa de aceitera para desengrasar el gazarne con el chorrillo rubí del perfumado clarete.

Aquel día la pareia cavó en buen sitio: nada menos que a diez metros escasos de distancia del lugar donde se habían cocinado, a la llama viva de los sarmientos, las cinco enormes paellas de cuatro asas. Allí estaban, casi al alcance de la mano, « reposándose » sobre las brasas, mientras desaparecía la última burbuja de caldo, pues la paella tiene que comerse « eixuta » — seca — v que cada grano no se pegue a otro. Así quiere la receta clásica que se coma tibia, va que demasiado caliente quemara al paladar y no puede apreciarse bien su sabor.

Una ligera brisa que sonlaba en dirección de nuestros dos personajes, llevaba hasta ellos recargado del apetitoso tufillo de la comida va a punto, avivando su natural glotonería.

De repente, algo muy importante dijo Batiste al oído de Quico para que éste se le quedase mirando con los ojos desorbitados, terminando por iniciar una pequeña sonrisa.

Por fin, sonó la hora de la gran verdad! Las cinco enormes paellas de cuatro asas fueron trasladadas en anjarillas hasta los invitados v posadas sobre un tri-

pode de piedras. Los comensales no tardaron en sentarse alrededor de ellas, siete u ocho por paella, ya en tierra, ya sobre pedruscos de comodidad relativa.

Todas las paellas estaban parecidamente surtidas en pollo v anguilas; pero se diría que la que les había correspondido en turno a los dos solistas era la más favorecida en piernas v pechugas de volátil: por lo menos estaban los trozos dorados más a la vista.

Una de las paellas quedó aparte v sin adoradores — mejor dicho — sin consumidores. Se hubiese dicho que permanecía a la expectativa para salir al palenque en caso necesario: una paella de repuesto, en fin.

El claravio mayor, que estaba en el grupo de Batiste v Quico, presidiendo desde allí todo el ágape, como hierofante del rito pantagruélico, hincó en el azafanado arroz su cuchara de madera, iniciando así el acelerado ritmo de ida v vuelta de los bojes en los cuatro círculos de operantes.

Nuestros dos músicos siguieron en un principio el vaivén de toda la concurrencia; pero Quico a las cuatro o cinco cucharadas de arroz v luego de haber mondado una magnífica pierna, se diría que había tomado asco de la paella — ; tan sabrosa v tan acertada, según las alabanzas del pueblo soberano! — v no apresuraba mucho el brazo en el manejo del cóncavo utensilio.

De cuando en cuando, con bastante frecuencia, el claravio mayor dejaba la cuchara apoyada en el borde de la paella, v posando un corrusco en el centro de ésta, decía muy serio v con voz autoritaria: ¡ Mojón ! Oyendo tal orden, los veintiocho o treinta invitados, dejaban de comer como él lo había hecho en espera de que el barral que el sumo sacerdote del ágape había cogido entre sus manos v daba ejemplo de desengrase, llegara hasta ellos. ¡ Desgraciado de aquel que se negase a practicar tal costumbre, si quiera una vez ! Era « ipso facto » penalizado por el claravio a no trabajar de cuchara hasta el próximo « mojón »!

Quico, como comía poco v a desgana, como si el beber tan a menudo le hubiese dañado, fué castigado lo menos dos veces, extrañándose todos de que no pareciese disgustarle mucho tal sentencia.

Quico estaba inquieto v no parecía ser la paella la pulga que más le picaba entonces. ¡ Quién lo hubiese creído ! ¡ Tan golondrón como era ! No hacía más que lanzar miradas de soslayo en dirección a la cercana vivienda del claravio mayor, que se distinguía a través de los árboles, como si esperase ver salir de ella a alguien o algo...

El anfitrión, observando tal manejo v la poca ganancia de comer de Quico, le disparó a quemar ropa:

— ¡ Eh, músico ! ¿ Qué te pasa ? Cualquiera diría que eres músico. ¡ Y vo que estaba a punto de hacerte un traje con la fama que traías ! Trapense te debías de haber metido v no « sonlador de caña ». Además, dínos : ¿ tiene miedo de que venga a por ti la guardia civil ? ¿ Por



qué miras de reojo tanto para atrás ? — No... es que... mire usted... parece que hoy... Sí, eso es... bien, que no me encuentro bien... Mire... señor claravio...

El pobre hombre no sabía qué decir v se quedaba al final sin palabra, v cuando hacía esfuerzos por disimular v metía la cuchara en la paella, la llevaba a la boca casi vacía de arroz v demás condumio.

— Decididamente — dijo el claravio a Batiste « el trompa » — tu compañero debe de estar enfermo; v muy grave ! pues solamente en extrema gravedad dejáis de comer los músicos, v más este « clarinete » del que nos han llegado muy buenas referencias.

Nadie dejó de reír la facecia a grandes carcajadas.

Pero Quico, cuando se olvidaban de él, continuaba dirigiendo sus ojos hacia la fachada trasera de la casa del claravio que se distinguía claramente, a un tiro de honda, por entre los manzanos, naranjos v perales del huerto, mientras Batista « el trompa » sonreía maliciosamente, saboreando quizás bajo su capote alguna juguarreta tramada contra su compañero en venganza de otra perrería suya quedada hace tiempo sin respuesta.

■ A la página siguiente ■

DON FRANCISCO EN FRANCIA

por LUIS CAPDEVILA

y II

STE libro de Amédée Mas...



No me atrevo a decir el señor Mas por una razón de mucho peso : porque tampoco diría el señor Sarrailh, el señor Bataillon, el señor Ortega, el señor Unamuno, hombres cuyo señorío intelectual y espiritual es aceptado por todos sin necesidad de mentarlo. (Empleado en un artículo de crítica, el adjetivo señor adquiere, cuando la crítica es adversa, un tonillo irónico y burlón que al autor de la obra criticada le hace maldita la gracia.)

Este libro de Amédée Mas no es un libro cualquiera, uno de tantos, uno más, sino todo lo contrario : un libro muy importante, docto y para los doctos ; de estudio y para el estudio ; de consulta y de trabajo. De ahí su importancia.

Es un libro de profesor, un libro que, como decimos en España, « sienta cátedra », lo que, desgraciadamente, no pasa con los libros de todos los profesores. ¿ Se trata, pues, según podría creerse — erróneamente — de un libro escrito para los doctos y los eruditos — sobre todo los que Cadalso calificaba de « eruditos a la violeta », que suelen ser los más puntillosos y amigos de buscarle tres pies al gato, se enzarcan en una polémica por coma de más o menos, olvidando lo que verdaderamente interesa : la interpretación del texto ? Ni que decir tiene : la puntuación es tan importante que incluso puede llegar a desfigurar un texto. Pero este no es el caso, por fortuna, del libro sugerido de este comentario. Se trata de cosa muy distinta. Se trata de un libro que pueden — y deben — leer, además de los profesionales, todos cuantos sepan leer como es debido : con amor e inteligencia. Un amigo mío, refugiado español y obrero manual, me escribía desde París donde trabaja y espera : « El del señor Mas — mi amigo podía emplear el adjetivo porque lo hacía con muchísimo respeto — es libro muy interesante, muy hermoso y en él he aprendido muchas cosas que no sabía (...). En él he aprendido, sobre todo, a conocer a Quevedo y a amarle. Gracias al libro del señor Mas voy a procurarme los libros de Quevedo. »

Cuando Sarrailh habla de los románticos españoles, o Bataillon de la influencia de Erasmo en España, o Papini de Giovanni Boccaccio, o Romain Rolland de Beethoven o Jean Cassou del Greco ocurre lo mismo que con el estudio de Amédée Mas le ha ocurrido a mi compatriota, a mi amigo el obrero. Ello es debido a que el autor sabe trazar el tema con mucha autoridad y conocimiento pero sin aridez ni dogmatismo, sin pedantería ni sequedad de dómene.

El que Amédée Mas nos presenta es uno de los Quevedo que había en don Francisco : el satírico, el caricaturista atroz, tan distinto, pero no inferior, al Quevedo de

la **Política de Dios**, del **Marco Bruto**, de la **Virtud Militante**. El comentado y puesta a la luz — no todos los comentarios dan luz acerca de lo comentado — por Amédée Mas, es el Quevedo que se ríe. Risa única, por lo feroz y lo desgarrada, por lo horripilante, y cuyo equivalente tendríamos que buscar en la pintura : Jerónimo Bosch, Goya. No es una risa amable, de salón : es la risa de lo monstruoso y lo macabro, del detritus, de la podredumbre. Es la risa helada y abrasadora del **Lasciate ogni speranza**. Es una risa que da frío y da miedo.

La caricatura de Quevedo forma trinidad con las fantasías abracadabrantas de Jerónimo Bosch y los caprichos de Goya. Unas y otros nos adentran en el mundo del abismo. Acaso podrían añadirse a la lista los **Esperpentos** de Valle Inclán, tan quevedescos por la saña y el desgarro que campean en ellos. No me parece disparatado el paralelo entre el poeta de **Los Sueños** y el de **Los cuernos de don Friolera**. Al fin y al cabo tanto y tan alto señorío — y tan entrañable amargura — había en el caballero de la Orden de Santiago, muerto en el destierro de su Torre de Juan Abad, como en el marqués de Brandomin, muerto en su Galicia natal. (« En cuanto al autor de estos libros, que, más que Valle-Inclán mismo, fué una invención del propio Valle-Inclán, lo encontraremos también en las páginas de estos libros. « Antonio Machado en Juan de Mairena »).

Tengo aquí en mi casa de desterrado las **Obras Completas** de los dos singulares ingenios : Valle Inclán y Quevedo. Las de Valle Inclán están impresas « en la villa de Madrid por los talleres tipográficos de Rivadeneira (...) el año de gracia de mil novecientos cuarenta y cuatro » y llevan prólogos de Azorín y Benavente. Las de Quevedo, en Barcelona, el año 1702. Uno de los tomos va encabezado así : « Parte Segunda de las Obras en prosa de don Francisco de Quevedo y Villegas, caballero de la Orden de Santiago, Señor de la Torre de Juan Abad. Dedicada a la Academia de los desconfiados de la excelentísima

ciudad de Barcelona. Corregida y enmendada en esta última impreñión. Con licencia. Barcelona : Por Joseph Llopis, a la Plaça del Angel, Año 1702. Vende fe en cafa Juan Piferrer, en la Plaça del Angel ; en la de Jayme Surià, en la calle de la Paja ; y en la de Jayme Batlle, en la Librería. »

Puedo, pues, cotejando los textos que tengo a mano, hallar en Valle Inclán un lejano eco quevedesco.

Al profesor Amédée Mas le ha interesado una de las facetas de Quevedo : la del caricaturista de la mujer, el matrimonio y el amor, trimurtri cara a los poetas de todos los pelajes, todas las épocas y todas las latitudes. Dicha caricatura nos da, a través del poeta al hombre, No al hombre generalizado, en manada, en plural, sino al hombre aislado y uno ; al hombre burlado, estafado por la mujer, el matrimonio y el amor. Nada más lejos del amor caballeresco — Auzias March, Petrarca — que las corrosivas estrofas, que la prosa corrosiva del autor de los **Sueños**. Más que al grupo de los poetas del amor caballeresco, pertenece al que señorearon el romano Juvenal y el aragonés Marcial (Aragónés de Bilbilis, o o sea : de Calatayud, como la Dolores).

Quevedo se revuelve furioso contra la mujer, contra el amor, para vengarse de la mujer y el amor. Del matrimonio no hay que hablar. Casado con viuda rica y principal, doña Esperanza de Aragón, señora de Cetina, su breve vida matrimonial — duró escasamente dos años — fué un error lamentable, un verdadero infierno.

Hay, pues, mucha amargura en el fondo de la burla que Quevedo hace de la mujer y el amor con o sin matrimonio. Bajo la máscara de la risa hay el dolor del hombre que quiso amar y vióse escarnecido ; bajo el satírico se esconde el enamorado.

Nada más disímil del tono que hubiesen empleado los que en la España de 1900 se titulaban poetas cómicos, cuya única

ambición se cifraba en hacer reír a los tontos. Afortunadamente, el poeta cómico ha desaparecido de la circulación y hoy, si por casualidad se le recuerda, nos aparece casi tan lejano como el diplodocus. Don Francisco, nuestro querido don Francisco, no tiene que ver con ese tipo de poeta cómico, que lo era por oficio y por irivialidad. Don Francisco, nuestro querido don Francisco, el que sentí muerto en España y siento ahora redivivo en Francia era algo más que lo que llamase poeta cómico — vulgaridad garbancesca, chocarrería — en las postrimerías del siglo XIX y a comienzos del XX.

El estudio que Amédée Mas ha hecho del Quevedo caricaturista de la mujer, el matrimonio y el amor — estudio que se acompaña de una edición crítica-sinóptica de **Las zahurdas de Plutón** muy digna de elogio por la honradez y la inteligencia con que está llevada a cabo — no era nada fácil, ofrecía innumerables escollos, dificultades sin cuento. Se necesitaba, en primer lugar, una enorme capacidad de trabajo y una paciencia de beneditino. Admirable capacidad, admirable paciencia... que no bastan por sí solas, que son insuficientes cuando no van acompañadas de la sagacidad y el sentido crítico.

Amédée Mas, para llevar a buen término trabajo tan arduo, ha tenido que buscar y rebuscar en bibliotecas y archivos, cotejar ediciones y manuscritos, poner en claro un sin fin de errores de copia, perseguir implacablemente la errata de imprenta. Tarea que resulta árida e ingrata cuando « río » se hace con fervor, cuando sólo se quiere amontonar farragosamente datos y fechas ; cuando el crítico lo es « a la violeta » y se endosa, incauto, la toga del pedante, adquirida en el ropavejero. « Van ustedes a quedarse turulatos, a quedarse de una pieza viendo mis profundos conocimientos, mi cultura enciclopédica y la cantidad de cosas que sé ».

Y más de una vez ocurre chuscamente que lo que el sabio de pega suponía haber descubierto lo conocía todo el mundo.

En el estudio crítico de Amédée Mas no hay el menor asomo de pedantería, la traducción de los textos es fiel y perfecta — hay que ver lo difícil que es traducir a Quevedo — el estilo de los comentarios es claro, sencillo, elegante. Traducción y estilo que, buscando el reverso de la medalla, me hacen recordar al señor Schönböck — aquí lo de señor viene que ni pintado — catastrófico exégeta de García Lorca. Amédée Mas traduce con respeto y fidelidad, sin maquillar ni alifanar lo traducido. Recargar el estilo, oscurecerlo para que así parezca profundo al lector poco exigente no es cosa difícil. Lo difícil es escribir lisa y llanamente, como quería el maestro Juan de Valdés, usando las viejas palabras de todo el mundo para expresar ideas y sentimientos que no sean los de todo el mundo. Cuando Eugenio D'Ors escribía en catalán y se firmaba « Xenius » comentaba un libro del filósofo danés Harold Höffdingin, **Psicología basada en la experiencia**. « Los escritores científicos de un país pequeño — explica el autor — se ven obligados, por la limitación natural de su público, a escribir al mismo tiempo para los hombres de ciencia y para todos los demás. Eso, naturalmente, puede dar en muchos casos un resultado de superficialidad lamentable. Pero en otros casos, cuando el auténtico científico es un artista, ¡ cuán bellos frutos puede producir ! » (1)

Me parece muy acertado y puesto en razón lo dicho por el filósofo danés y el escritor catalán. Hay que escribir para el especialista y para el lector no especializado, que es lo que había logrado Ortega y Gasset, pensador nada vulgar. Siempre, claro está, que el lector no especializado tenga sensibilidad e inteligencia y afán de crearse una cultura.

Por eso quisiera yo que el libro de Amédée Mas ocupase un puesto en la nutrida biblioteca del profesor y en la no tan nutrida del que nunca ocupó una cátedra para explicar a los estudiantes de literatura española el **Polifemo** de Góngora o el **Cántico** de Jorge Guillén.

(1) Xenius : **Glosari**. Editorial Selecta. Barcelona, 1950.



EL ARROZ DE SOLLANA

Por fin, las paellas estuvieron más limpias que unas patenas, y la que podemos llamar « de repuesto » fué recusada por los comensales. ¡ Nadie podía tragar más ! En esto el rostro de Quico « el clarinete » se iluminó de alegría : las mujeres de la casa — patrona, dos hijas y una muchacha de servicio — llegaban hacia allí cargadas con sendas y grandes fuentes, sin que se pudiese distinguir qué contenían.

Ya había llegado el grupo a los paelleros — los cuales departían viva y ruidosamente como secuela de un gran hartazgo con abundantes rociadas de un jugo de más de catorce grados honrados y sin controlar — los ojos y boca de Quico adquirieron una extraña fijeza atontada e imbécil.

Las patéforas posaron en tierra las maniseras fuentes sobre las cuales se amontonaban enormes tajadas de jugoso melón de Foyos y de Onteniente que decían : ¡ comedme !

¡ Aquí fué Troya ! Quico « el clarinete » se levantó de pronto, como movido por un resorte, y encarándose con la patrona, le dijo :

— Señora ama : ¿ El arroz de la paella, de dónde es ?

— De Sollana — respondió la mujer.

— Pues mire usted : Batiste, el traidorote de Batiste « el trompa », me había dicho que no era de Sollana. Y, ha de saber usted, y ustedes todos, queridos amigos, que mi pobrecita abuela, que me quería mucho, era de Sollana, y yo le

juré, cuando murió en mis brazos, que no había de comer arroz si no era de aquellos campos que la vieron nacer... Pues bien, ese Batiste, me dijo antes de comer, como en secreto, que el arroz de las paellas era de Silla. Sin embargo, por bien parecer... e incurriendo en el pecado de perjurio, aún probé unas cuantas cucharadas. Seguramente que hubiera muerto de un cólico si llega a ser de Silla, señora. Así es que, si me lo permite, usted, y en homenaje a mi pobrecita abuela, que en paz descanse... aún puedo...

— Sí, hombre, sí. Tome esa paella por su cuenta, y si se la termina... ya está pagada.

— ¡ Ah, Batiste traidor !... Dice usted que la paella está pagada ; pero quien no ha pagado su deuda todavía, por respeto a los presentes, es ese que se está riendo por dentro. Mas ya me las pagará, y todas juntas.

Mientras Quico « el clarinete » se lamentaba de esta forma, la patrona le había acercado la paella de repuesto, a la que empezó el burlado y hambriento músico a meter cuchara sin preámbulos, excusas ni perdones y a una velocidad de concurso.

Aquella escena — un solitario frente a una paella tragando arroz más que comiendo y otros comiendo melón y desterrillándose de risa al mismo tiempo — era digna de trasladarse a una película de costumbres labriegas.

No por las amenazas de Quico « el cla-

rinete » dejaba de actuar Batiste « el trompa » : iba de uno a otro contando lo que en realidad había ocurrido y no el cuento de Maricastaña de Sollana y de la abuela. Ello hacía que aumentase la juega y el alboroto.

El travieso Batiste, en « pago » de una ya lejana mala pasada de Quico, le mintió al oído que después de las paellas iban a sacar un cerdo entero trufado, plato extraordinario y nunca probado por él. Si se daba mucho al arroz, no le quedarían ganas de comer otra cosa, y sería una desgracia.

Quico, poco a poco, y sin distraerse, casi dió fin a la mitad de la paella solitaria.

De regreso a Valencia desde Sotoburgo, Quico el « clarinete » no cesaba de decirle a Batiste « el trompa ».

— ¡ Ya me las pagarás, granuja ! ; Te lo juro por... ! ; Si no llego a preguntarte de dónde era el arroz y le invento la historia de mi abuela, que no conocí, tengo que acostarme con las tripas más secas que el pergamino de un redoblante ! ; Ya me las pagarás, Batiste !

Suponemos que se vengaría, añadiendo una malla más a la red de « bromitas de salón » tejida desde luengos años entre Quico « el clarinete » y Batiste « el trompa ».

Lo que ya no podemos suponer, es la cantidad enorme de sulfato de magnesio que se necesitaría para purgar al primero de los dos compadres.

PUIG-ESPERT

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA



Cruce de trajes de mil formas y colores. Flecaduras de ponchos, ribetes de rebobos y de faldas, ornamentos suntuarios que son algo así como registros indicadores de la procedencia de las distintas zonas geográficas de este mundo andino, tan desgarrado topográficamente, como de las distintas jerarquías sociales, de esta humanidad igualmente diferenciada desde la Conquista, entre los poseedores y los desposeídos. Poncho campesino, encubridor de miserias tanto como abrigo; manta de todos los metales de todas las razas y de todas las clases sociales. « Indios » y españoles, mestizos y criollos. Se absorben lentamente los de arriba y los de abajo, aristocracia y plebe, feudalismo y democracia, o se eslabonan todas las

El Suplemento Literario a 20 páginas

Nuestros estimados y fieles lectores merecen ser enterados de nuestros proyectos en todos sus extremos. Alguna vez hemos insinuado que el SUPLEMENTO será impreso en taller especial para el mismo. Igual para SOLIDARIDAD OBRERA, y otras publicaciones afines. Solicitábamos también, de pasada, alguna cooperación para llegar a este feliz resultado.

Substanciado el caso, el próximo número del SUPLEMENTO, el de mayo, saldrá ya de la nueva prensa, con nuevos caracteres, formato 32 1/2 - 25 cm. y con 20 páginas en lugar de las 16 que ha venido ofreciendo desde el día de su aparición. Los textos serán aumentados, así como las colaboraciones, que las hay muy importantes, recientemente ingresadas, como los lectores ya se habrán dado cuenta. Las firmas acreditadas y que tanto prestigio han proporcionado a nuestro mensual de buenas letras, permanecerán en la brecha, siéndonos dable la participación — en algunos de ellos ya iniciada — de las recias plumas de John Dos Passos, Eduardo Santos, José María Murillo, Antenor Orrego, Uriel García, Raymond Asso, Bosch Gimpera y algunas más que no puntualizamos por estar, con referencia a ellas, en situación de trámite. En dibujantes directos contamos con los amigos Zaragoza (Marío), Callicó, Villaró y García Tella. En fotografías nos confiamos a la pericia de los compañeros Casellas, Blarncés y Co-dina.

Por nuestra parte no regateamos esfuerzo, bien se ve. Dispóngase ahora el lector a no regatear el suyo, a saber: a interesar a sus amistades por la lectura de nuestro SUPLEMENTO. Adelante, y gracias a todos.

épocas, en perdurable actualidad, incanato, coloniaje, república, sin desplazarse del todo ninguna de ellas; pese a todos los « Libertadores » y a todos los programas políticos de los caudillos de antaño y de hogaño. Sistema de trueques de la comunidad primitiva, manufactura de artesanos, comercio capitalista moderno.

Y por cada válvula de escape de esta gigantesca máquina social, vientre o clausura calle « cholo » peruano, resultante de tantas levaduras e influjos atávicos, fruto agrídulo del mercado, de estos mercados andinos, que se inyectan en el pulso de la ciudad, de la nación misma, con más eficacia que todo método de eugenesia o de pedagogía oficial, de la sociedad de clase.

II

Como el mercado es siempre la ciudad hacia abajo, su estrato más profundo, así se emplace sobre la cima de un monte, en sus contornos, dentro de sus entrañas mismas, se entrecruzan, se condensan o se disgregan los elementos contradictorios y antagónicos que entran en la vida material de estos ámbitos, la estructura mental o el concepto estético de sus habitantes. Colores vivos, primarios; dibujos ingenuos e infantiles. « El Vayo », « El Sol », « El Oso Rubio » (títulos alusivos a la chicha, la bebida popular). Comedores públicos, donde el trabajador de la fábrica, el peón campesino o el artesano de la calle aplacan su sed y matan su hambre, y lo hacen en aquella misma forma espontánea en que el buen Sancho quería « sin melindres ni respetos », cuando su amo Don Quijote le brindaba un asiento a su lado, en la choza de los cabreros.

Como en el jardín arequipeño, también aquí, bajo el sol andino, entre el molle y el floripondio, vibra el alma popular llena de vigor y colorido. En estos corazones o válvulas que regulan el latido del mercado, se entrecruzan afanes, pensamientos, anhelos colectivos. Resplandece el alma sencilla de todos los hombres que buscan su refrigerio. Y como con todo corazón humano también puede ser el órgano ponzoñoso de la intención aviesa y falaz que cultivó el espíritu feudal, que todo lo deforma y penetra hasta aquí. Surge el refrán que condensa la filosofía del bajo fondo, la sentencia quechua, angulosa y concreta como las piedras de las murallas incaicas; el proverbio español, con engastes del idioma nativo, en el que se encubre el antagonismo feudal subsistente. Idea y pensamiento sencillos que acaso pretenden fijar menos y por el momento la resignación del labriego indio, del artesano y de la cocinera mestizas que acuden a yantar y a divertirse. Y si en la picantería arequipeña el idioma quechua va a la zaga del español, que incluso lo absorbe, en estos respiraderos populares de las serranías de más adentro, ocurre lo contrario, que el idioma y pensamiento rectores corresponden al aborigen, en lucha de antagonismos.

Y la picantería cusqueña, si no tiene la misma locuacidad de la paisana de Arequipa, porque es más grave y reconcentrada por lo común, no es menos llena de bondad, fácil a la broma y al humorismo, alegre y dócil a la ternura del huaino, pronta a la protesta contra el abuso. Al fondo, se destaca esa picantería ventruada, semejante a su tina de chicha, risueña también como el Sol pintado en el muro de su establecimiento y como el que exhibe sobre el pecho, en el relieve del broche que ajusta su rebobo; recibe del parroquiano con el cordial saludo, repetido a cada momento y desde hace siglos, diluviándose la oración en contracciones amestizadas que la abrevian cada vez más: « Amari purisima, pasusté, señor. Indias de la « parada » con sus vendijas a ras del suelo, humildosas, calladas, rumiando la coca, como su llama el pasto, o mascando el mate frío, su único desayuno. Vienen aquí, desde grandes distancias, a pie, tras la recua de sus llamas y burros, trayendo al mercado sus pocos cereales, papas, chuño, queso tierno, apenas para el consumo de unas horas y



ALLEJAS, carreras hacia el campo, con sus chatas viviendas, tambos, casas de vecindad, que arrastran figones de muros ennegrecidos por el hollín y el constante humo, bodegas y tabernas de tsujarada alcohólica. Lo más entrañable del arrabal, de predominio campesino, conduce a remolque al velusto edificio del mercado, plantándolo allí, en seco, en la orilla entre la ciudad y el campo.

El monumental fansterio, de techumbre alta y abierta a los cuatro vientos, muestra a través de sus valladares, de jaula zoológica o de jardín botánico, su fondo turbio donde una multitud abigarrada se afana por « el pan nuestro de cada día », en torno a sendos bodegones de frutas y legumbres, a los nuestos de volaterías y despojos. Aquellas vendejas de apetito

a cambio de unos centavos, sin incluir en el precio de sus artículos de expendio su trabajo. ¿Qué sería de la mesa de los pobres sin estas comerciantes de la pobreza, « al por menor »?

Cholas camiseras, a lo largo de las baldosas, que ofrecen las « chupinderas », labradas con labores al pespunte en el taller hogareño, buenas para campesinos y obreros; dándoles entre tanto sus pechos opimos a sus hijos tiernos o acumulándolos en media vía, la casa-cuma del niño proletario.

A la intemperie, contra el sol, el viento o la lluvia, los puestos de comidas a la carta, los « hoteles para agachados », Sopas o chupes de la cocina indígena; frituras, pucheros, lechones, para trabajadores y transeúntes con prisa, para gentes humildes. Los ofrecen las « chupinderas », en infimo negocio, que apenas puede compensar su trabajo, por su evidente baturata. ¿Qué sería asimismo del estomago proletario si no fuera por estas espontáneas cocineras sociales, las « cocineras del pueblo, antes que negociantes, pues parte de su ganancia, si tienen alguna, les sustrae el representante del Municipio, entre interjecciones y golpes a las remisas en pagar el « derecho de sitio y de industria », inventado por el « democrático » Estado capitalista? Lo mismo que se hace con todas las demás vendejas que vienen aquí, las « miserables » y para miserables, contra el sol, el viento y la lluvia.

Cargadores, arrieros, trabajadores en

general, peones, hombres y mujeres, consumen los apetitosos potajes, en cuclillas, junto a las ollas humeantes, a los fogones donde se cocuen las comidas; sentados sobre los poyos, o a ras del suelo; agachados.

— Hermanito — dice en la dulce lengua de los incas una mujer rodeada de hijos tiernos —, cómprame, siquiera por lo que me ves que soy pobre como tú; te serviré rico y « bonito ». El cliente no sabe por cuál decidirse, si por la sopa de maíz molido y con chicharrones, por la de chuño con cecina o por la de « cabeza ». Efectivamente, el plato servido está « bonito », incitante para la vista como para el gusto; y una ración pródiga, que es un caldo de cabeza, con sus enormes y harinosas papas, la quijada de carnero que sobresale como un mástil, un roco de vivo rojo, que rezuma la sustancia y unos bocados de sangre coagulada y de tripas. Para dejarlo satisfecho al más hambriento.

Un pilluelo lleno de harapos, que acaba de yantar con los centavos que ganó, lanza una maldición contra una vendeja — ¡ Que mi plata la pierdas, no quieres yaparme !

sus frutillas y capulies de la Sabina; la verdulería de la Antuca; los zapallos, calabazas y papas de doña Agueda; los lomos y costillares de la Chabela. Cada una, matriarca de su gremio, de su cofradía y de su barrio; cordial y magnánima para el parroquiano, altiva y reacia para el extraño altanero. Mujer respetada y hasta temida por sus impetus varoniles.

Algarada frenética, ruidosa maraca entre esta babel americana, que se expresa en diversas lenguas, desde el gesto mímico del indio que de las alas punas traslada cereales y no se diferencia en mucho del cazador y del recolector prehistóricos, hasta la fábula popular mestiza, eslabonada de palabras y giros entre el idioma nativo y el español, entre la esclarecida lengua de Cervantes y la no menos dulce de los incas, flexible a la fraternidad humana, el sarcasmo y la injuria, esa injuria que en el mercado es cruel cauterio. ¡ Escuchadla a una cocinera enfurecida !

— ¡ Zafa de aquí, hijo del demonio ! dora :

III

En uno de los ángulos de esta catedral

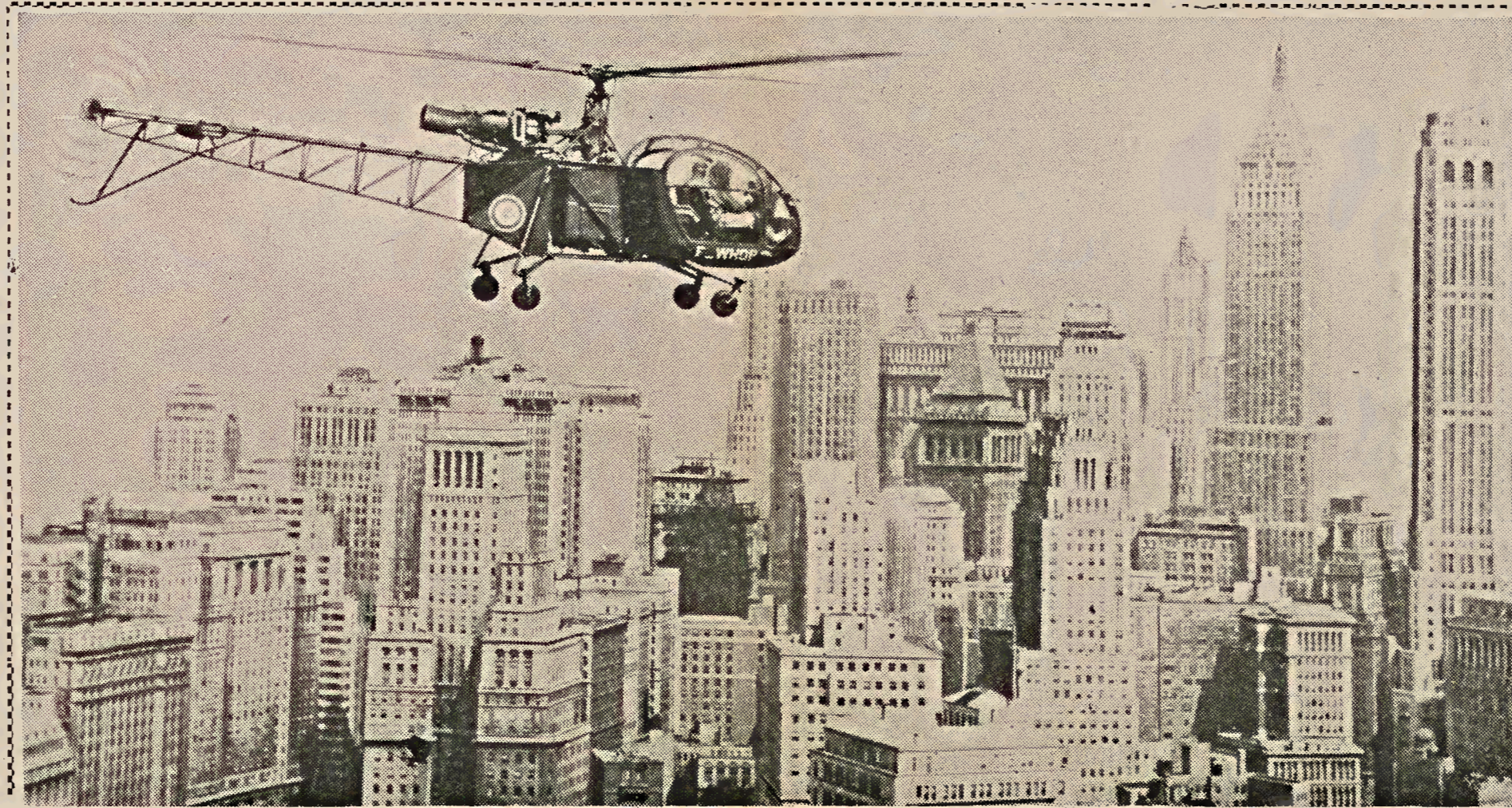
por JOSÉ URIEL GARCIA

de los abastos, el suertero atrae a la multitud con su retablo de animales amantecados y su organillo de voces enronquecidas por el constante uso. El mono « Felipe » y la lora « Catita », a más de jilgueros y canarios, que forman la comparsa. Al compás de la música, baila Felipe, acosado más por el hambre y las pulgas que por el aguijón del amo; gesticula, salta y hace reír al concurso. Catita, sale de la jaula, alza con el pico un papelillo impreso. Es para una campesina joven que quiere « leer » su destino, a pesar de ser analfabeta. El mono lanza un chillido que podría tomarse por una carcajada. La suerte dice: « Viajarás presto, se te presentará un destino ventajoso, con sueldo muy elevado ». Le tocó la suerte adecuada para una cocinera. Pero no importa. La mujer india viaja a cada instante por todos los caminos, por los más ásperos, de preferencia, siempre a cuestras con la balumba de su carga de cereales

y la complementaria del hijo, encima, hilando vellones de lana, medidas de longitud y de emociones, que envuelve en su ruca. El poncho y el rebobo que tejara luego, condensan la extensión de los campos que recorre, de las cuestras que gana, de los repechos andinos por donde se despeña. Su destino ventajoso sería quizás que el hacendado le dejara su parcela de tierra; y el gobernador de su aldea, su vaca o su carnero; y el galán del pueblo, su honra. Su sueldo elevado podría ser el pago sin descuento de los cuatro soles al año que percibe como pastora del fundo a donde pertenece su « comunidad ». La suerte que por ella lee la camisera apenas le hace reír.

IV

Manuco Choque, mocetón indígena, ya sin el poncho ni las calzas y jubones de su indumentaria tradicional, libreas de la servidumbre del coloniaje, antes bien de saco y sin pañuelos y de pantalones de casinete, con rodilleras, diríase, republicanas. Apenas su niñez miserable le dió tiempo para aprender a leer letras de molde y a escribir su nombre para servir de elector político de su comarca. Estuvo en el ejército, hoy es licenciado, con el grado de cabo. Al salir de baja del cuartel, lo enganchó otra vez la miseria, dándole por residencia sólo la calle abandonada, los caminos sin meta; por lecho, el banco de las plazas, el camastro de la casa en ruinas y este mercado hospitalario como fortaleza para sus esperanzas.



DESARROLLO MODERNO DE LAS GRANDES CIUDADES. La hora del correo en Nueva York.

Es buhonero, mercachifle o más simplemente « chifle ». Cada mañana instala aquí su gran canastón, hecho de cañas silvestres, en forma de barquilla, relleno de chucherías y baratijas. Anillos, peines, pañolones, cintajos; bisutería y quinacalería de ínfima calidad.

En las horas muertas de las tardes, cuando el mercado y sus aldeaños van despoblándose a poco, Manuco Choque amenaza sus tendidos tocando la bandurria, su rondín o su quena, con lo que entrecruza a esta humanidad que trafaga por estos contornos. En la jarana arrabalera, es afamado tañedor de instrumentos populares. Los huainos que entona, en último caso, silbando con la boca, atraen a la clientela. Por eso, del retablo del suertero cae la chola al canastón del chifle. Se llevará encantada alguna baratija que resplandece como una joya; acaso en sus entrañas fecundas y a la postre, también un hijo, al cual le consagra su maternidad apasionada.

V

Juliana Condori tiene una ropería en uno de los pasillos destinados para costureras, donde en cada colgajo de ropas hechas está la geografía social del Perú. Trabaja sin descanso, en la máquina de coser, indumentaria popular. Chamarras de tocuyo, de vistosas labores, para el gusto de las campesinas de Anta; chaquetines de merino, guarnecidas de encasos multicolores, para las mestizas del Cusco; sacos y pantalones, que no requieren la confección por el sastré, para los indígenas en proceso de mestizos, de « nuevos indios ». En el mercado, el traje hace al monje, determina la procedencia y el rango social.

Juliana sostiene con su trabajo a toda la familia, marido, hijos, padres. « Para que sirves tú si yo soy la que te chanta el vestido le enrostrará al marido golpeador y dispendioso en que quechua lapidador del mercado. Tampoco sabe leer. Desde su niñez oyó decir al párroco, al gobernador, al terrateniente, a todos los que viven del aborigen campesino que, especialmente para la mujer, es inútil el alfabeto.

La Condori fué india ciento por ciento allá en la aldea. Hoy es mestiza o « chola » por su sangre pura. Otra concepción social derivada de las nuevas formas de trabajo y de vida que adopta, de las costumbres y sistemas coloniales subsistentes, que asimila, la conforman y deforman, en su cambiada personalidad de obrera artesana. Una farándula de su pueblo vivió en ella aptitudes para danzar y cantar bailes y canciones lugareños. La trajeron a la ciudad y la ciudad, al final, la condujo al mercado. Con esa energía ejemplar de la mujer cusqueña, de luchadora por el « pan nuestro de cada día » característica de la mujer serrana, instaló su mostrador de ropería, con « principal » al crédito, otorgado por el comercio extranjero. Hizo sus ahorros, con los que salió airoso del cargo religioso a que la obligaron los santones de su gremio. Estuvo al borde de la quiebra, pero adquirió el rango de matrona del barrio, ideal de la mujer del pueblo. El poder económico, fruto del trabajo, aunado al rango social adquirido, despiertan en ella su capacidad dominadora de matriarca, y por ello impone al pueblo, a la ciudad, a la nación misma, a las santidades de su devoción y a los caudillos de su simpatía. Fanática y supersticiosa, tiene por modelo el icono de su preferente devoción a « Mamacha Belén », a quien imita en el uso de sus joyas, anillos, aretes, broches, de estilo « crespo » y hasta en esa gravedad que expresa la imagen que venera. Mujer bravía y asonada, que puede llegar hasta el sacrificio heroico, si se le ofrece, como llega hasta el frenesí en su júbilo; si supiera leer, si en este verdadero del vivir diario, por donde se despeña el pasado, como aguas servidas, no quedarán trituradas sus aptitudes de trabajo o deformadas sus positivas cualidades sociales !

VI

La noche que baja de las montañas próximas estrangula al fin el bullicio de la monumental abacería; lo tiende allí, rígido y maltrecho cual un cadáver; son los despojos del día que el hombre consumió con voracidad ferina y que vienen a roer perros hambrientos, gentes miserables.

Otra vez los chupes y frituras baratos para la cena. Al amparo de las sombras y del silencio, la ciudad envía ahora a los espectros de la miseria que acrecen



ta. Trabajadores que acaban de desayunarse; « caballeros » de rápida indumentaria, náuticos de la desventura; « señoras » de manta y saya (llaquees — verdes — que llaman irónicamente las verduleras), de manta y saya, el lujo de otros tiempos; niños descamisados, en torno a las ollas humeantes.

Viene una mujer del pueblo, con sus tres hijos a cuestras, que son, como ella dice, sus tres cruces — que las carga, eso sí, con amor y abnegación — que junto a la olla del puchero no puede resolver el problema más doloroso de su vida: partir entre los tres hijos familiares la única presa de carne que contiene el primer plato, entre los tres que le dan por cinco centavos.

VII

Mercados de estas serranías del Perú, campo de contradicciones seculares entre los hartados y los hambrientos, que hasta hoy no encuentran una solución más justa para todos los estómagos.

El Pan nuestro de cada día, surtido por los poseedores de la tierra, al amparo de estas « democracias » de banqueros y de oligarcas, de prelados y de generales, que los desposeídos tienen que disputárselo y pelearlo con cuántas angustias, con qué lágrimas !

Cusco, Perú.

El Suplemento tiene su fiesta

De concierto con « SOLI » y CNTF. Para allegarse recursos y proporcionar, a la vez, una tarde de fraternidad y solaz a sus lectores de París (Sena) y departamentos limítrofes. Marco de la fiesta lo será la espléndida sala del Palais de la Mutualité, 22, rue St-Victor, París (Metro Maubert-Mutualité) y la fecha reza: 13 de abril, a las 2 de la tarde.

El programa será muy artístico, habiéndose prescindido para él de las notas de relumbrón. Habrá « chansonniers », dúos y tríos musicales (en el índice « Marc et André » de l'Ecluse); recitará el eximio poeta Raymond Asso, en correspondencia dialógica y musicada con la compositora Claude Valery; chispearán la escena las bellas y occurrentes animadoras Simone Chobillon y Yvonne Solal; no faltará zapateado, ni acordeonismo, ni melancanismo, ni cancionismo, ni danza, ni canciones de Brassens vertidas al castellano puro.

Una tarde de diversión y de compañerismo es la que ofrecemos a nuestros distinguidos lectores y colaboradores con París al alcance... de sus medios.

Más de la mitad del billete está distribuido. Pida, cada amigo, cuanto antes su entrada. Precio: 300 francs.

Nuestro teléfono: BOT. 22-02.

CINCO GALEOTES

TENIA la galera una vista exterior sorprendente que evidenciaba su nombre : « Preciosa ». Llegó a favor del viento y ancló a cierta distancia de tierra, en un puerto del Sur de escaso movimiento. Tan bien como por fuera parece y tanto como por dentro difiere ! Volvamos del revés aquel dístico de Ruiz de Alarcón referente a una dama :

« Ella tiene el cerca feo (la galera bonita). Si el lejos os ha agradado (el interior horrible)... Inferno bogante, sin comparación con la cárcel que peores condiciones reuna. La pena de remar significaba librarse los delincuentes de la horca o de la hoguera y caer en una muerte menos espectacular, pero ineluctable, segura.

Ocurre este relato cuando las galeotas navegaban a vela y remo y los hombres encadenados que a latigazos las conducían eran forzados del rey, a los que titulaban, sin caridad, torpemente, chusma.

Diego Núñez y Juan de León, con otros tres galeotes, remaban en el mismo barco, aquellos condenados a muerte civil y éstos a penas inferiores ; mas sin diferencia de trato tocante al corbacho y a la cadena común que los unía. Sin embargo, con sólo estar separados por unos eslabones, entre ellos había repulsiones y disgustos.

El de junto a la crupía alistóse como buena boya, con la obligación de permanecer encadenado de noche ; el siguiente, renegado otomano, sabía pocas palabras en español y muchas blasfemias ; sostenía al tercero el último cabo de la existencia, ya insensible a la penca del cómitre. El único útil era Núñez, y aun Dios y ayuda, porque el quinto de la bancada, Juan de León, hallábase en completa depauperación a consecuencia del escorbuto. A esta sarta de desgraciados pusiéronle el banco de los fuertes en son de mofa, siendo los que más azotes recibían. ; Ni

por **PUYOL**

siquiera para practicarles la cura les quitaban el hierro !

Culpas graves, en verdad, colgaban de la pareja Juan y Diego, con la circunstancia de ser entrambos relapsos ladrones. Conociéronse en la cárcel, al enhedrarlos como cuentas del rosario en un diez formado de diez hombres para conducirlos por su pie a galeras. Durante el *vía-crucis* hicieron amistad, entregándose a la explícita narración de sus hechos, castigados con igual pena.

Ya en la « Preciosa » juntos los aherraron y juntos quedaron a remar en el mismo banco. Los bancos eran muldares, sentinas cuya peste obligaba a revesar, teniendo los hombres que vivir revueltos con sus excrementos, entre una copia atroz de parásitos ; ingerían alimentos podridos y a veces bebían agua corrompida. Habían necesitado una almadrana para partir el bizcocho ; las habas no veían el aceite y la mazmorra la confec-

cionaban con el bizcocho intrasticable sobrante. Remaban desnudos, al grito de « fuera ropa », hostigados como fieras por el bárbaro caporal, en medio de un concierto horrible o disparatado pademónium de cadenas ruidosas y terribles maldiciones, frenéticos gritos... Leyendo a Dante o a Dostoiewski cabe formarse una idea, bien que pálida de este infierno. La pena de muerte civil aplicábase a sabiendas de no acabarla ningún rematado, más que fuese un roble. Diego Núñez y Juan de León llevaban un año a penas cosidos en hierro y estaban pesarosos de haber salvado la vida. Llegó a parecerles la cadena un ligamento con el cual, en calidad de fenómenos, habían venido al mundo. ¿ Qué fuera de ellos, inseparables, repugnándose y por fuerza mayor teniendo que vivir fundidos ?...

Pero discrepaban en materia grave y no llegaban a ponerse de acuerdo. Juan quería a todo trance concluir de una vez y para convencer al compañero sostenía que el infierno era la galera, y que ya los dos se habían condenado bastante ; mientras que Diego llevaba el castigo con estóica resignación, a manera de un tratamiento



largo y penoso. ¿ Cuál estaba en lo cierto, el que fiaba su redención en arrojarse al mar o el que cifraba en el sufrimiento su salvación ? Día y noche no hacían otro que entablarse en esta porfía, tan complicada en sí misma, con cuidado, por supuesto, de no hacerse sospechosos. El voluntario campaba suelto desde prima hora hasta encadenarle de noche ; el turco no entendía lo que hablaban ; el de centro, con la muerte al ojo y sin conocimiento, permanecía en el banco por no haber en el hospital de forzados cama vacante.

A Núñez ocurriósele formular esta pregunta :

- ¿ Y después ?...
- Posterior a la muerte no hay después.
- ¿ Qué hay ?
- Nada, y es suficiente.
- Temo...

— A la tierra, al mar, no. A la tierra yo también le temo. La tierra, hermano, si no fuera más que infierno se podría sufrir, pero es infierno y gloria.

— ¡ Mira que si la galera, en comparación con lo que pueda haber, resultara un divertido espectáculo !

— Señal de que los diablos, sin excepción, seríamos cómitres y bromeando nos daríamos de golpes.

Quizá por última vez curaron en cadena al de en medio, escorbútico, y a Juan que de lo mismo padecía, teniendo las encías en completa descomposición, al punto de apestar su boca.

— Vamos, sé franco : Tú haras mejor no ser el causante de tu muerte y que te mate la vida contagiándote de mí...

— No, hermano : en la galera se trabaja para morir, y hasta para morir se come.

Sintiéndose poseído de una gran lástima por el hermano desahuciado, se apretó a él en la cadena, siendo más humano y más afectivo que nunca. Lejos de manifestar asco, valiérale compartir el mal y asíera la mayor parte. Chispearon sus ojos y cayéronle por dentro las lágrimas.

Era indispensable que el de en medio espichase, o que a ello se le ayudara piadosamente estrangulándole, puesto que no tenía remedio : para sacarle de la sarta tendrían que cortar la cadena, y, entonces, súbitamente, por sorpresa... El solo se apagó con las primeras claridades del día y las últimas luces artificiales del puerto. Venía chorreando humedad la mañana y soplaba un vientecillo helador desagradable. La campana de un bergantín alteró con su toque extemporáneo la paz que en todo reinaba. Llamó el buena boya :

— ¡ Alguacil ! ; Alguacil !

Y díjoles a los del banco, ya espabilados :

— Sois perros ventores y no olfateasteis a doña guadafia, que vino a escoger ha poco. ¿ Notáis olor a amaro ?

El turco :

— Olor a mierda.

El infeliz galeote, con la paz hundida en el pecho, hacía un Cristo feo. Tenía la contracción de la muerte, resistida con furia, y estaba aún caliente. Acudieron el alguacil y el practicante, con la orden de cortar la cadena, a fin de desensartar al muerto, que tendido cuan largo era quedó en el piso.

Acción de Juan y Diego repentina, incontenible arranque, fulmineo movimiento, hecho inevitable... El capitán de la « Preciosa » fué impuesto de que se habían arrojado al mar dos remeros.

Diego Núñez, hermano en cadenas de Juan de León y de su dolor compartir, creyendo, le acompañó a morir malamente, por humanidad. Y si por humanidad se condenó, siendo un santo, merecido tiene el altar.

SERAFIN DOMINGUEZ MANCEBO

Apuntes sobre la revalorización de « Martín Fierro »

EN realidad mucho se ha hablado de este poema de José Hernández a través de estos 86 años que han transcurrido desde que apareciera su primera edición editada por el propio autor, en 1872, en una minúscula imprenta de su propiedad. Mucho se ha hablado pero poco se ha dicho... Y lo que se ha dicho no ha trascendido lo suficiente como para formar una conciencia colectiva en la valorización de este poema inmortal, en el cual radica la obra literaria de José Hernández. A este respecto decía Manuel Flo-

res Mora, en un artículo publicado en « Marcha » allá por 1952 : « Muchos libros, muchas páginas han sido escritas — no faltaba más — sobre Martín Fierro, y algunas, incluso, por gentes de nombre ilustre en el campo de las letras y de los versos. Estas gentes, eruditas, respetadas y cultas, no tenían, sin embargo, nombre ilustre en el campo de las guitarras y los facones. De ahí que nosotros, los que tuvimos por « cuna una carona » y por « únicos juguetes unas espuelas lloronas », la lectura de estas páginas nos dejan un inevitable sabor de tontería ; una mezcla de tristeza y de mansa indignación que produce todo espectáculo de ineptitud atrevida o de ignorancia sentenciadora ».

Este aforismo de Flores Mora expresa una amarga realidad, porque la verdad es que a Martín Fierro se le empieza a considerar en su verdadero valor intrínseco a los cuarenta años de publicarse, cuando Lugones, en 1912, inicia el proceso, tan frecuentado después, de su revalorización crítica.

Hasta entonces, el poema de José Hernández no había sido juzgado en su valor sociológico, como exponente jurídico, a propugnar por un alto ideal de derecho y de justicia social.

Su sorprendente éxito editorial — según la crítica — estaba ligado únicamente a las concurrencias del texto, a la pintura típica de sus personajes y a la propia naturaleza del idioma. Esto demuestra inexhaustivamente que, entre la crítica austera — ia de las gentes eruditas, respetadas y cultas, al decir de Flores Mora — y la intención social del poema, mediaba la realidad de la vida, la que no era advertida y mucho menos interpretada en su cabal sentido sociológico.

Para muchos, aún para aquellos mejor intencionados, Martín Fierro no pasaba de ser un hermoso romance campesino donde aforaba esplendorosamente la sensibilidad del gaucho, una sensibilidad instintiva y rudimentaria.

Pero Hernández sabía bien que su poema contenía una verdad vital, un mensaje social que, a la postre, tendría que ser oído por quienes, por mucho amar a su patria, anhelaban emular etapas de nuestro proceso de superación, por eso, en una carta dirigida a su editor, don José Zoilo Miguens, en diciembre de 1872, le decía : « ...Al fin me he decidido a que mi pobre « Martín Fierro » salga a conocer el mundo. No le niegue su protección, usted, que

conoce bien todos los abusos y desgracias de que es víctima esta clase desheredada de nuestro país. Me he esforzado, en presentar un tipo que personifica el carácter de nuestros gauchos, concentrado en su modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse... con todos los arranques de su altivez, immoderados hasta el crimen, y con todos los impulsos y arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido ni suavizado ».

De estas palabras del propio José Hernández, emana el auténtico espíritu del poema ; su protesta social, su intención reivindicativa y su reclamo de justicia para una clase social menospreciada y perseguida : el gaucho.

Y esto fué, precisamente, lo que escapó a la valorización crítica del poema de Hernández. « Martín Fierro », por sobre la incomprensión de la época, se alzaba como un símbolo. Es, indudablemente, la expresión auténtica de la dignidad revolucionaria de una clase que brega por obtener, en el concierto social, el puesto que por derecho le pertenece. De ahí, pues, se desprende su profundo acento de sentido social, al intentar penetrar en el espíritu del gaucho y en la revelación de su intimidad sensible y emocional.

Algunos autores han cometido un error lamentable al pretender trasponer la materialidad formal del poema para penetrar en la complejidad que lo genera, atribuyéndole su protesta social o la situación política de una época, ubicando su determinismo histórico en la valorización crítica de la época rosista. Pero la verdad histórica es que « Martín Fierro » rebasa los períodos que lo anteceden y que le preceden y su mensaje reivindicativo se prolonga hasta nuestros días.

El contenido social del poema de Hernández ; su planteamiento de protesta ; su acento social, su representación sociológica y su tesis jurídica, no escapa ya a la exacta valorización por parte de nuestras jóvenes generaciones. Hoy, anarte de reconocerle su innegable valor folklórico, su sabor regional y su alta jerarquía en el plano de la poesía popular autóctona, « Martín Fierro » es apreciado como un encomiable y profundo ensayo sociológico y como el símbolo de un mañana que, desgraciadamente, ya está tardando demasíado en alborear sobre la estructura social de nuestro suelo, de todos los suelos.



PIRANDELISMO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

(En torno a «Taxímetro» de Cossío)

IV. PAISAJE : GEOMETRIA DEL PAISAJE

Si el elemento poético es abundante en «Taxímetro», la descripción de paisajes, como vimos anteriormente, no es menos rica en metáforas. Se puede decir que el paisaje empapa la acción toda de la obra, que se desarrolla lentamente, sin prisas.

Cuando el maestro Ortega y Gasset habla de la meseta castellana, afirma que la «horizontal es el galgo» y que la curva no existe: «Caballero, en Castilla no hay curvas» (Ortega y Gasset, *El Espectador*). Se trata, por así decirlo, de verdadero análisis de perspectiva, ya que no de sistema. Sin embargo, el pensador español no habla de la geometría de la costa.

Cossío, en contraste maravilloso de luces y colores, nos hará contemplar variados paisajes marítimos y terrestres lo mismo que estelares y, con arte magistral, que se alaba por sí mismo, nos hablará también de la geometría del paisaje costero:

«La costa realizaba por aquel lado un perfil delicioso, como un dibujante seguro que sabe dónde está el secreto de la elegancia de una línea. Se abusa quizá demasiado del verbo perfilar. Solamente la naturaleza nos da perfiles puros, sobre el fondo del cielo o del mar, descubriendo lo externo de la forma en sus íntimas esencias. Es cuando el ojo atento puede descubrir la geometría del paisaje, con un sentido vivo y luminoso que no alcanzarán nunca los topógrafos. Las rocas dejaban de ser agrias y ásperas para ofrecer no más que su figura, libre de los accidentes groseros de las masas, y la firmeza de la línea confundía todas las cualidades, la roca, la tierra roja de las dunas, el verde desvaído de los tamarindos... la energía vertical de los pinos, avanzando al mar con decisión de grandes nadadores, y la suave pendiente de los rubios arenales que entran y salen en el mar con cierta sensualidad humana, prendiendo festones blancos, deshaciéndolos y tomándolos de nuevo...» (42-43). El autor termina su cuadro diciendo: «Y como papel inmenso donde se hubiese trazado este dibujo, liso, limpio, inmóvil, inerte, el mar bruñido, del que brotaba la luz en leves calinas que difuminaban los términos lejanos» (*Ibidem*). Esta descripción no es inferior, a lo que pienso, a cuanto describieran Unamuno, Pífferrer y Cuadrado y el ilustre maestro Ortega y Gasset.

¿Quién no ha contemplado en noche estrellada una bahía iluminada sin sentir su honda belleza? Lo difícil no es sentir, sino expresar el sentimiento. Cossío lo hace y su intento alcanza remate triunfal: «La ciudad empezaba a encender sus luces, y en una terraza que dominaba el mar mostraba sus juegos naranja y violeta una fuente luminosa. Las estrellas comenzaban a salir en grupos, dibujando bien la esfera celeste, y, de pronto, apareció el cielo completo, tal como podemos verlo en una carta de Astronomía. Y con las estrellas surgieron todas las luces.

«Luces en el mar, en los grandes transatlánticos que lanzaban sus reflectores sobre las aguas; faros rojos, oscilantes, en las pequeñas embarcaciones; que iban dejando pinceladas temblorosas en el mar, en esa parte de la bahía en que las aguas remansadas toman tonalidades y densidad de tinta. Toda la bahía parecía arder en regueros de luz temblante, acariciados por las pequeñas olas que enarcaban el lomo para recibir la claridad y perderla; y frente a esta fiesta luminosa del mar, una hoguera de luz en la tierra que lo invadía todo, no dejando en penumbra sino las grandes masas de vegetación» (129).

Existe un paisaje humano en que las personas y las cosas se armonizan, concuerdan y forman un todo rítmico: «Por su lado, casi rozándose, pasó una mujer negra, solemne y majestuosa como una reina. Sus espaldas desnudas parecían barnizadas, y eran como de una madera de brasa, verde aún, recién cortada del árbol, emanando todavía el olor voluptuoso de la selva.

«Los brillantes sobre aquella carne cobraban una calidad líquida, y el gran collar de perlas, en vueltas apretadas sobre el cuello, traía un recuerdo del fondo del mar. Quizá el recuerdo del mar lo trajese toda la figura con su ritmo ingravido y flotante» (149).

Este paisaje humano resultante de la concordancia de seres y cosas, se repite en otro lugar, al hablar de marinos en el barco:



«En una gran mesa, los oficiales, con la alegría, que tarda mucho tiempo en perderse, de las escuelas náuticas. En torno rimaban las pecheras con los mantiles, y hombros y cuellos desnudos» (101). Cf. también pág. 14.

No sé si Cossío ha viajado por países tropicales. Es posible que le haya sucedido como a Chateaubriand. La lectura de relatos de exploradores, unida al talento

personal, han bastado para que, al descubrirnos un paisaje cualquiera de la selva virgen, hayamos tenido la sensación de encontrarnos allí realmente. La evocación es tan real, tan exacta, que nos imaginamos sin esfuerzo los lugares y creemos conocer a las personas de que se nos habla (cf. 180).

En realidad, cuando Cossío describe, no se trata de verdadero sentimiento de la naturaleza, semejante al que se desprende de las obras de Rousseau y de Unamuno, sino de algo eminentemente intelectual, pese a su poder evocador y sugerente, que podría decirse poetización de la naturaleza.

por J. CHICHARRO DE LEON

personal, han bastado para que, al descubrirnos un paisaje cualquiera de la selva virgen, hayamos tenido la sensación de encontrarnos allí realmente. La evocación es tan real, tan exacta, que nos imaginamos sin esfuerzo los lugares y creemos conocer a las personas de que se nos habla (cf. 180).

En realidad, cuando Cossío describe, no se trata de verdadero sentimiento de la naturaleza, semejante al que se desprende de las obras de Rousseau y de Unamuno, sino de algo eminentemente intelectual, pese a su poder evocador y sugerente, que podría decirse poetización de la naturaleza.

V. EL TEMA DEL TIEMPO

La obra entera de Cossío, como he tenido ocasión de observar, se desarrolla en «tiempo lento»: se bebe lentamente y se vive sin premura (139). Hasta cuando se baila, el ritmo es reposado y parsimonioso.

Hay en la novela de Cossío, de punta a punta, una preocupación honda y continua del tiempo. No se trata del problema del tiempo al viejo modo español, de ese tiempo que «pasado, fué mejor», como dijo el antiguo poeta, sino de preocupación honda, casi de angustia a la manera de Unamuno y, a veces, de cierta desesperación al ver que el tiempo, contado gota a gota por taxímetro incommovible, llega a agotarse y, con él, nuestra vida sin que nos sea posible saldar nuestra cuenta del tiempo.

El tema del tiempo es también la preocupación eterna de Azorín. Rara es la obra azoriniana donde no existan notas referentes al tiempo. Se trata también, como tuve ocasión de decir, de un tema corriente en Pirandello.

Parece ser que el tema del tiempo se lo inspiró a Azorín el francés Guyau (Cf. Clavería, *Cinco estudios*, Salamanca, 1945).

En efecto, Azorín mismo en su obra célebre «Antonio Azorín», nos dice, al hablar de Alicante, que, según Guyau, «un poco de espuma deshecha por el viento es el resultado del batir y rebatir del oleaje. Y una idea, un gesto, un acto, que se esfuman y pierden a través de las generaciones, es el corolario de nuestros afanes y locuras» (pág. 146) (1).

La duda no es posible. Guyau da la pauta a nuestro novelista y el tema del tiempo se convertirá en obsesión azoriniana al tiempo que ganará en belleza y originalidad. Azorín no es sólo divulgador de temas, sino también creador de bellezas. No imita, ni copia, sino que toma la idea de Guyau que, en el fondo, no es más que pretexto para desarrollar las suyas pro-

pias. Esas ideas, al ser expresadas, al pasar por tamiz hispano, perderán todo lastre extraño y quedarán como algo propio e inseparable de Azorín.

Cossío, al imaginar un personaje doblado de un taxímetro, nos lo muestra demasiado dominado por la noción del tiempo, aunque sin la angustia espiritual de un Kierkegaard.

Benito, nacido para la inacción, no tenía más misión que la de perder el tiempo. Mientras los demás se afanan y tratan de hacer algo útil, él «caía consternado en una butaca, y se retenía en ella tiempo y tiempo, sin otra misión que la de ver la corriente del tiempo, así como la ven los pescadores de caña» (10).

Nuestro héroe «era fundamentalmente un consumidor de tiempo. Jugaba tiempo y lo perdía. No ya el valor de los minutos, desconocía el valor de los años. Yo pasó la hora de hacer lo que había que hacer, lo dejaría para mañana» (11). Esta palabra es trágica. La pereza española, esa célebre y cacareada pereza española, tiene su origen en la palabra «mañana».

Larra, el terrible Larra, entre otros, con su irónico artículo «Vuelva usted mañana», ha favorecido la opinión ajena y perjudicado la calidad española. El tiempo pasa, no se detiene, y el rudo labrador, que trata de arrancarle a la tierra castellana su escaso sustento de cada día, duda y pena a diario, y, cada aurora, es para él, no un «mañana», que no llega, sino auténtico presente, no tan duro, sin embargo, como el que agota la vida del minero andaluz o asturiano. Esos hombres no pueden pagarse el lujo de la pereza española, que tanto nos reprochan los extranjeros.

Para Benito, el tiempo no adquiere valor real hasta que lo ve convertido en cifras en el taxímetro: «El tiempo le había vencido y el aparato aquel marcaba ya una cifra superior a sus posibilidades. El hombre que jamás había valorado el tiempo, advertía, de súbito, que el tiempo era una cosa cara, de la que no podían disponer libremente sino los millonarios» (19).

El autor es en extremo ingenioso. Con singular maña, establece dualismos a lo Pirandello entre cosas tan diversas como un taxi y un corazón: «Benito, frente a esta tragedia de tener que pagar todo su tiempo, se consolaba pensando que quizá la vida moderna es así, que la inquietud contemporánea se produce porque todos tenemos un taxímetro a la puerta, y que nuestro mismo corazón tiene ritmo de taxímetro valorando cada latido» (33).

En tanto hay hombres que no tienen tiempo para nada, otros se pasan la vida haciendo tiempo. ¿Qué expresión más sabrosa! Hacer tiempo. ¿Para qué? Para perderlo, pues que no es posible atesorarlo. Nuestro protagonista, víctima eterna de la abulia, no sufrirá la angustia del tiempo que se escapa, que no es posible dominar: «Se le había rebelado el tiempo, y Benito necesitaba de toda su atención y todo su esfuerzo para vencerle. Vencer el tiempo era marchar un poco más adelante que él, no dejarse alcanzar por los minutos» (56).

El empeño es inútil y el hombre, por mucho que se esfuerce, sólo logrará con-

vertirse en esclavo del tiempo, no en su señor.

No es mucho que el hombre sin voluntad confiese el error de su inacción, el terrible error de perder el «instante presente», el hoy de que hablara el poeta latino, sin retenerlo y gozarlo: «Temo no más que al tiempo. Viví demasiado desprevenido, y ahora debo recuperar lo perdido. Y os aseguro que me faltan fuerzas para seguir al tiempo. Es más joven que yo, corre más deprisa» (71). En efecto, el hombre, aunque se afane por lograrlo, sólo conseguirá derrotas al querer, no ya recuperar el tiempo perdido, sino al desear retenerlo.

Hay en este pasaje no pocas concomitancias con las palabras que pone Azorín en boca de «Angelita», protagonista del «auto sacramental» del mismo nombre. Digamos que el lenguaje de Cossío, en este punto concreto, nada tiene que envidiar al de Azorín (Cf. 72).

La idea de la materialidad del tiempo se expresa con claridad: «Mi drama es que el tiempo se me ha hecho tangible y material, que lo toco en cifras, que lo que para los demás no vale nada y lo tiran, lo desperdician, lo consumen alegremente, para mí representa un valor que he de liquidar cada segundo» (73; cf. 95, 153 y 237).

Las reminiscencias azorinianas (cf. Azorín, *Angelita*, Madrid 1948) y pirandelianas (cf. *Enrique IV*) son constantes: «Recordaba que de chico tardaba mucho en llegar el tiempo que se escapaba. La hora de salida, la vacación, el final de los exámenes... Todo el deseo resbalando sobre las manillas del reloj, que no perdona ni un solo tormento a la impaciencia. Los años hacen el tiempo leve. Pero es que Benito ignoraba que el amor nos vuelve a la infancia, que el amor nos alargaba la vida» (79).

Si la tierra nos liga al tiempo, el mar, en cambio, parece aislarnos de toda idea temporal. ¿Qué de extraño tiene que Benito, dominado por la vieja abulia, llegue a perder la noción de las cosas al verse sobre un barco en alta mar? «El tiempo comenzó a adquirir para él su calidad antigua, es decir, su ausencia de valor, y él mismo se sentía sumergido en el tiempo como en su elemento natural, y así, llegó a decidir que el tiempo era el mar líquido, fluido, profundo. Esta voluptuosidad de flotar, de sentirse desligado de la tierra, sin raíces, e incomunicado con las sugerencias del mundo, sin prisas, sin obligaciones, sin llamadas ni citas...» (107).

La monotonía, si no el aburrimiento de larga travesía marítima, tiene la virtud de excitar la pereza y detener la atención, el esfuerzo intelectual: «Se abren los libros y las manos apenas tienen fuerza para sostenerlos. Son como los libros decorativos que llevan los Apóstoles en los retablos españoles. Libros para componer la figura, pero sin fuerza para detener la atención de los ojos, y mucho menos la curiosidad» (110).

Hay, pues, una diferencia esencial entre el tiempo en mar y en la ciudad: «En las ciudades era el tiempo hipócrita, deteniéndose en remansos sobre los corros de los ociosos, invitando a la divagación en los jardines, y al olvido de la realidad en los teatros. Allí, sobre el mar, era el tiempo desnudo, a pecho descubierto, rozando con sus barbas flotantes las aguas» (114).

No pasa, pues, el tiempo, sino nosotros. Esta es la triste conclusión a que llega nuestro héroe, después de preguntarse si su coche moriría antes que él. El tiempo nos destroza, nos aniquila y el conductor de ese taxi desvencijado y frágil, que es nuestra propia vida, fundada en nosotros, acaba por ver que, un día, el motor no funciona y que hemos llegado al fin de nuestra carrera.

Estos cabos sueltos, que acabo de enunciar, son las ideas sobre el tiempo que indica Cossío. Se trata de ideas sin novedad, que la virtuosidad de la lengua convierte en atractivas, sin caer en el lugar común.

VI. CONCLUSIONES GENERALES

Pasemos a las conclusiones generales, que pueden resumirse de la manera siguiente:

1) «Taxímetro», novela exquisita, rica en metáforas y en alardes de ingenio, es, por su finura y delicadeza, por su agradable lectura y amenidad de relato, un libro que merece figurar entre las obras mejor concebidas de la literatura moderna.

■ Pasa a la página 14 ■

(1) Azorín: «Antonio Azorín». Biblioteca Nueva, Madrid, 1939.

VIRGINIA AMARANTO

por VOLGA MARCOS



AS acacias se visten despacio : en abril, sus nudosas ramas parecen todavía esqueletos extendidos bajo el inmenso azul. Altas y desnudas como tamicas de la brisa ; el mes de mayo las pinta con lentejuelas verdes ; junio las adorna con álbea inflorescencia y perfuma sus blancos racimos ; los pájaros cuelgan sus nidos y las abejas liban el néctar de sus flores ; el inquieto reyezuelo canta y se recrea en el trapecio de sus ramas, y todos los pajaritos canoros, improvisan incansables, sus melodías de amor. Así es la

acacia legendaria de Virginia Amaranto : el umbrío otoño arranca sus compuestas hojas, y el soplo del viento le gime endechas funerarias : « Virginia : Angel de rotas alas ; púber inmolada a la iniquidad : nosotros los alisios ; el céfiro y el cierzo, desde la brisa al huracán, te llevamos en nuestros pechos eternos ». « Acacia de penachos cimbreantes : bebete la lluvia de nuestras lágrimas ; lleva el hálito de nuestra voz, entre tus ojillas de esmeralda, moviendo pedernales de llanto por la pureza de la flor inmaculada ».

Era una ingente catedral vegetal, con tronco áspero y exfoliante corteza. Desde un altozano, dominaba la ondulada extensión de las parcelas geométricas de los campos ; arrimada a un muro mal construido con piedra caliza y argamasa ; solitaria en un terreno acotado con guijarros y zarzales, servía para dar sombra al aprisco en el cual se arrinconaba una choza. Hermoso panorama, perdiéndose desde allí, hasta el círculo verdicéreo de anchas lejanías.

Departamento de Francia (Tarn-et-Garonne) ! ¿ Quién no te recuerda con amargo dolor, por sufrimientos pasados, y nostalgia, por los gratos recuerdos de la juventud ?

Virginia Amaranto, sentada al pie de la acacia, guardaba un hato de ovejas, ayudada por un perro pastor negro llamado Clovis.

Allí mismo, hacía calceta para un muñeco. Vestía muñequitos de encargo y así completaba su pecunio de partorcita huérfana.

Tenía catorce años : hija de español y de italiana.

El autor de sus días, después de haber luchado por la República en España, pasó a Francia en 1939. Hizo el « maquis » contra los nazis en 1942-43, pero acorralados en Montauban, con varios compañeros, libraron combate contra las milicias de Pétain. Después de perder dos de los suyos ; herido de un brazo, le condujeron frente a la Prefectura, colocaron una burlina entre dos acacias pequeñas y allí fue ahorcado con otros cuatro infelices. Días después, la Gestapo vino a su casa y se llevó a la compañía a un campo de concentración de Alemania. No se supo más de ella y la niña en pensión en la masía de M. y Mme Lessueur fué ahijada por éstos y allí siguió más bien como doméstica que como ahijada.

La pastorcita de la acacia, era aún muy joven, pero tenía caderas y formas de mujer escultural. Sus cabellos eran cortos, con mechuras rubias y brillantes como el oro ; frente ancha y noble ; ojos azules, labios rojos y sensuales, rostro ovalado como una Venus de Fidias y piel bronceada de muchacha andaluza.

Tenía líneas esbeltas, pero era fuerte y sufrida para el frío y el calor. Fué feliz hasta los trece años ; después, los jóvenes la miraban ávidos como fruto apetecible.

No se quiso dar a Bernard, el hijo de los Rovillard ; mozo alto, joven, pero de petulante vanidad. Despechado, un domingo que flirtaba con ella en el pradecillo de la acacia, la llamó « Perla de Ostra podrida ». Desde entonces, Virginia borró la sonrisa de su rostro. Algunos vecinos para humillarla la herían con intempestivos de doble sentido, y así fué creciendo en un ambiente hostil.

Llevaba faldas blancas hasta las rodillas ; corpiños y blusa, marcándole su provocador relieve. Acaso por eso decía la gente que sería ramera como su madre ; aquella en ilícito concubinage con un español, ésta, mostrándose ya excitante a la juventud.

Sin embargo era hacendosa, diligente para los trabajos domésticos ; cosía, bordaba, lavaba y planchaba con primorosas manos. Era tierna ; no sabía odiar ; no existía el rencor en su alma generosa ; susceptible al dolor ajeno ; corazoncito de pelusa en los prados, le dolía la

muerte de un cordero ; la paloma herida mortalmente o el pajarillo caído. Lágrimas de Virginia por la flor rota ; por la margarita pisoteada, el clavel arrancado o la rosa marchita.

Aquel día de azul cobalto se asomaba a los bardales, para contemplar las lindes, saludar a los niños que iban a la escuela por un caminito de herradura, y si pudiera ser hablarle a la maestra, Mme Liliane de Saint-Huberry, la única a la cual podía confiar sus aflicciones y conseguir un consejo materno ; en aquella escuela rural con Mme St-Huberry sacó el certificado de estudios a los trece años. Los niños la veían afligida, sin comprender nada de lo que le sucedía a Virginia.

Hacia días, Jean-Louis Blanc, un mocito de 15 años, le llevó allí mismo los primeros capullos de su jardín. Es a quien ella tenía más predilección : alto ya como un hombre, pero tímido, honesto y de esmerada educación. M. Lessueur se puso furioso al verla hablar con este muchacho... Ah, si Jean-Louis estuviera aquí, para defenderme — se decía. M. Lessueur, de cara patibular, frente de mulo, ojos pequeños y maliciosos y cabellos hispídos, era su amo. La esposa de éste, mujer atormentada por el reumatismo ; sucia, gruñuda, regañona, roída siempre por la envidia de esto o aquello ; ambos esposos tendrían unos cuarenta años, sin hijos, y extremadamente avaros.

M. Lessueur era un demonio travestido de ángel ; sabía disimular sus instintos y manejaba con mucha habilidad la mentira, mal de todos los tiempos. ¿ Cuántas conjeturas debía llevar en su cabeza ruda de esquizofrénico contenido ? Las cavilaciones le aflujían desde las sienes a la almohada. Allí formaba sus ilusiones : un mundo aparte, con Virginia Amaranto ; ah, si pudiera casarse con ella, pero... Su mujer reumática, ¿ cómo desprenderse de ese guiñapo dolorido, burlando a la inflexible justicia ? El arseniato, oh, esta droga, si pudiese manejarla en pequeñas dosis, sin quedar rastro en las vísceras.

Solía jugar con la niña, pero hombre rústico, sus movimientos eran ridículos para su edad ; palpaba con taimadas intenciones sus carnes morenas, hasta que ella se cercioró de su lascivia.

M. Lessueur, intemperante en su instinto animal, menos en el comer por avaricia, era tierno con Virginia y áspero con la cónyuge. La niña era para él un tesoro de la Providencia, mientras que la esposa le parecía la Pandora con todos los males de la Tierra.

Virginia temblaba de su propio desarrollo femenino : más se moldeaban sus virginales líneas, más deseos tenía de huír de aquella aborrecible casa. Aquella mañana Lessueur, devorado por el deseo, ayudó a Virginia a subir a la granja sin escalera, alegando que estaba rota. La niña sintió una mano áspera entre sus muslos, descendió bruscamente y sin pensarlo apenas, dió a su amo una fuerte bofetada.

M. Lessueur, paupándose la parte dolorida del carrillo, vió su partida perdida. Tenía equívocas referencias de la madre, comprobando que la niña no era tan fácil de lograr como pensaba. No tuvo ninguna reacción, pero en sus entrañas debía urdirse alguna trama.

Es lo que temía Virginia : la infame violencia de la bestia irritada.

El sol declinando lentamente hacia el ocaso, algunos rebaños se recogían ; las ovejas apretaban sus polvorientos vellones por los estrechos caminos con armoniosos tintileos de esquilas. Todavía zumbaba sinuoso el moscardón, vibreaban las abejas y los timbres membranosos de los insectos, el chirriar de los grillos, monótonos y seguidos, dando a la tarde una sonoridad embrujada de amorosos ritmos. Todos los pajarillos con sus melodiosos trinos y floreadas tonalidades, estaban también allí, para alegrarla con sus baladas improvisadas en el prodigioso amor ; prurito de la vida.

De pronto, Virginia sintió un escalofrío helado. Le vió venir y tembló como una gacela. Fué a recoger el hato y conducirlo a la masía cuanto antes, para eludir al hombre que se decía su dueño ; pero éste ya la tenía asida fuertemente de un brazo.

— ¿ Cómo te has atrevido a pegarme esta mañana ?

— Porque tengo derecho a defenderme — repuso Virginia, algo cohibida y arreglándose bien sus vestimentas.

— Eres salvaje como tu madre, la italiana, pero conmigo todo se arregla ; sé perdonar porque... quien sabe si algún día me casaría contigo.

Aquellos despropósitos amargaron más los trascendentes minutos que lentos sucedían. Entonces la niña quiso concluir : — Hay que bajar el ganado antes que se haga tarde.

M. Lessueur, apasionado, encendido, repuso :

— Ya eres mujer. Tienes un cuerpo bonito ; no te falta salud ; eres ardiente como tu madre y es lástima que un día se enamore de ti un gañán cualquiera.

— Pero usted es casado — replicó Virginia.

— Casado no, prisionero ; tengo una mujer enferma que ni siquiera me da hijos para compensar mi desgraciada vida. En cambio tú, rayito de luz, me alumbrarías de nuevo este corazón maltrecho, tenebroso...

Virginia quedó inmóvil, como pajarillo hipnotizado por una serpiente, como blanca paloma ante el águila.

— ¿ Qué quiere usted de mí ? ¿Cuál es su intención ?

— Que me tienes cada vez más arrobado ; dime que creces sólo para mí y seré el hombre más feliz de la tierra.

Virginia, con inflexible mirada, observaba los gestos de su amo, y el perro Clovis, pegado a sus faldas, también rígido y gruñón, estaba dispuesto a defender a la niña. M. Lessueur, con severa voz, echó de allí al perro que lo molestaba.

— ¿ No me respondes ? — insinuó.

— Oh, si mi papá estuviera aquí!

— ¿ Tu padre ? Buena pieza era para la horca.

— Porque supo luchar y morir por Francia, como tantos españoles.

— No los necesitábamos para defendernos.

La niña que no tenía palabras suficientes para replicar aquellas insolencias le espetó :

— ¡ Sus palabras son infames ! ¡ Odiosas ! ¡ Aborrecibles !...

— Cuanto más me odies, más te querré.

Con estas frases ensayó de obtener por la violencia, lo que no pudo conseguir con el sentimiento. La tomó por la cintura, la besó en el cuello, mientras ella, sacando un caudal de fuerzas de todo su ser, se defendía como pantera contra león ; empleando uñas, puños y dientes contra su adversario. Clovis se precipitó con estridentes ladridos, y defendía la niña mordiendo rabiosamente las pantorrillas del sátiro amo, pero este, ya se llevaba a la

infeliz criatura, que se debatía entre sus brazos, a la choza, escapándose de sus garras, con las ropas menores desgarradas.

M. Lessueur, furioso de su frustrado intento, se marchó rabioso, humillado, cabizbajo.

La tarde se recogía, el sol recortaba los últimos flequillos, detrás del horizonte y cuando el crepúsculo pintaba de arrebol las nubes del poniente, cuando los élitros del grillo latían en los campos y el ruiseñor de los muros daba los primeros acordes a su flauta, Virginia, con sus vestidos rotos, abrumada por inmensa pesadumbre, sentose al pie de la acacia y se desahogó unos minutos en inconsolables lágrimas ; Clovis la miraba triste, y la pastorcilla, acariciándole la cabeza, le dijo :

— Tú eres mi único y verdadero amigo, pero tendrás que llevar solo el rebaño a esa detestable casa.

En efecto : minutos después, el rebaño de Virginia se alejaba flemático, algo desparramado, obedeciendo al perro pastor.

Un viento gembundo hacia chirriar a la acacia como gozne oxidado, mientras el paisaje se encogía paulatinamente, quedando en el cerebro de Virginia un mundo pequeño y ruin ; los minutos se le apretaban en el alma acongojada, grabándose en las sienes el recuerdo de sus padres que apenas conoció, pero que amaba con intensa ternura. La voz infrahumana del viento : ¿ no sería el hálito de los muertos que se añora ?

Se subió al muro, y desde la barda enroscada de zarzas saltó al primer brazo enarcado del árbol ; de allí subió a otro, trepando hacia la cima para ver ese mundo cada vez más pequeño. Aún oía las últimas esquilas del rebaño, y la voz de su dueña :

— ¡ Virginia !... ¡ Virginia !...

Le habían llamado « perla de ostra podrida », « Italiana y puta », « Española ardiente » o « la Amaranto », pero pocas veces la interpellaban por su nombre. Únicamente los niños ; ¡ oh, los niños, que buenos son ! No saben nada todavía de fronteras ni otras nimiedades para ellos. Sus pies zozobraban y resbalaban entre las ramas, pero ella, jadeante, escalaba, decidida para arrancar los secretos al viento ; a ver si era verdad lo que decían de su madre.

¿ No murió en los campos alemanes de la muerte ? ¿ Consumida en un horno crematorio, volatilizada en ceniza y humo ? Sabía de sobra que su madre estaba en el viento.

Quiso abrazar a su madre desde la cresta de la acacia ; poderle decir : ¡ Soy virgen ! ¡ Las palabras viles no podrán así violarme ! ; Ni decir que soy provocativa, ni que seré ramera ! Mi virtud se la doy a la muerte.

Desquebrantó algunas ramas, crujiendo espantadas del cuerpo que se desprendía ; cayó pesadamente en el prado como un ángel de rotas alas, quedando en el suelo, igual que desconjuntado lirio en un charco de amapolas rojas. El fúnebre croar de las ranas, en una cercana charca, los grillos y los ruiseñores le improvisaban una oración.

Al día siguiente nadie comprendía lo que le pudo haber ocurrido ; lo único que supieron es que murió inmaculada, y los niños que tristes le cantan endechas, cuando ven la acacia, la recuerdan y dicen patéticos : Pobrecilla, pobrecilla... Muchas veces, después que se rompió el lirio, los húmedos labios de la tarde, le dedican estas frases de Salomón :

« ¿ Quién es esta que sube del desierto como columna de humo, sahumada de mirra y de incienso, y de todos los polvos aromáticos ?... »



La pantalla

La escena

« LOS MISERABLES »

Película francesa realizada por Jean Paul le Chanois para la Pathé Consortium Cinema, con intervención de Jean Gabin, Danielle Delorme, Bernard Blier, Serge Reggiani, Bourvil, etc.

SEGUIMOS creyendo que la obra de Víctor Hugo es para el estudio y no para las candilejas y el lienzo. La brevedad de argumento y la estética decorativa que exige el primer sistema, y la síntesis hablada que impone el segundo, se contradicen inevitablemente con la profundidad de tesis, con la amplitud de pensamiento que Hugo, siempre exuberante, meditativo y minucioso, pone en sus grandes novelas. Por exceso de perspectiva, por desbordamiento de páginas a cual más interesante, diremos, ciñéndonos a la pantalla, que esta le viene estrecha al coloso de la literatura gala.

« Los Miserables », « Nuestra Señora de París » y « Los trabajadores del mar », que le conocemos filmados, nos han despertado siempre un deseo de « ver lo mejor », aunque sin idea de que la cinematografía pueda procurarnos, al efecto, una perfección por ahora imposible. La mutilación de párrafos ilustradores es inevitable, imperiosa, so pena de aburrir al espectador goloso de grafismos, no de lecturas que le inducen a agitarse en su butaca y a lamentar, en su fuero interno, haber concurrido a esta suerte de biblioteca proyectada...

Disquisiciones aparte, ahí estamos presenciando, en tercera versión — por lo que a nosotros se refiere — el último atrevimiento cinematográfico recordándonos a « Jean Valjean », producto social enjundioso, y a la concreción autoritaria reflejada en « Juvet » (Blier), otro fruto de la sociedad evidentemente malogrado. Sigue el simpático y desdichado « Gavroche », hijo de la calle y que en la calle perece. El cúmulo de bondad que Hugo atesora desborda sin regateos sobre esta figura de la infancia abandonada. Otros personajes merecen atención, pero la relación sobre los mismos nos desviaría del propósito que nos anima al escribir estas cuartillas.

El film que comentamos es bueno, quizás el mejor conseguido con referencia a la obra maestra de Hugo. Nuestra crítica introductiva a estos renglones no quiere suponer demérito alguno para los artistas y la casa productora. Se cita lo que es pertinente, se señala un escollo que cinematográficamente en este siglo nadie conseguirá orillar. Sin embargo, « Los Miserables » en cinta han de gustar enormemente, y gracias le darán los libreros y el buen gusto al cine por el afán que la proyección de « Los Miserables » suscita de conocer debidamente la obra original, que es la que atesora el alma de todos los personajes que la animan.

Jean Gabin se acerca a ello con su trabajo sereno, concienzudamente reflexionado. Su « Jean Valjean » tiene vida robusta y reflejos psíquicos que exponen la moral del personaje. Gabin se halla cabalmente penetrado del papel central de « Los Miserables », el que da motivo y guía al desarrollo de la obra, moviendo al mundillo que lo rodea según sean sus estados de ánimo y las consecuencias de su oposición natural al régimen social que con poca lucidez se dieron los hombres.

Gabin premia nuestro buen acuerdo de dedicar una noche a su cine sin que nos haga olvidar la meritoria labor de dos otros « Jean Valjean » de nuestros años niños, y de nuestros años mozos. La sucesión de artistas que interpretan a Víctor Hugo en el personaje máximo que ha creado — y no decimos el mejor por acudirnos a la memoria « Gwynplaine », « Bug Jargal » y el héroe de « Los trabajadores del mar » — va de-

jando estela brillante en los anales del cine y en la memoria de los hombres, tan precipitada y fácilmente ausentable en estos tiempos de dinamismo materialista.

Indudablemente, el conjunto humano, escenográfico y técnico que en esta ocasión la casa Pathé nos ha ofrecido de « Los Miserables », es sencillamente agradable y a veces impresionante, circunstancias ambas que acreditan el logro de un total ascendente sobre el público. Ciertamente, presenciar esta versión de « Los Miserables » es recomendable como prueba de amistad, no en plan de anunciador de novedades pantalleras.

Pero que lo « viejo » prive por encima de esa tediosa afición a « pasar el rato », y lo viejo es, a la sazón, el análisis de los

personajes, la vida, las pasiones y las obligaciones que los mueven. Jack London, autor prolijo, cronista admirable y fecundo, serviría a maravilla para ocupar durante tiempo la pantalla agradando a los espectadores con sus aventurados viajes, sin necesidad de poner en acción el magín de aquéllos. Y no sabemos por qué la cinematografía vulgar no utiliza los admirables relatos londinenses, habida cuenta de lo bueno que éstos darían con destino a los públicos socialmente inapetentes.

« Jean Valjean » es personaje que gusta y obliga por tener, cada cual, algo de él en su seno: bondad innata y extravíos por contagio social. El bien y el mal en « Los Miserables » no son discutidos, pero sí expuestos ante la razón, que no puede ser la

EN ESPERA DE LOS ACONTECIMIENTOS DE PASCUA

ESTRENOSE « Anastasio », obra que Fernando Granada ha puesto en escena en el Reina Victoria de Madrid. Se trata de una adaptación al español que Tono ha hecho de la comedia de Murucchio: « Esta noche o nunca ». Tono es caricaturista en el dibujo y trata de serlo en la escena. Es hombre fugaz en ideas y propósitos, tanto, que en profundidad de pensamiento está casi desaparecido. Se toma la vida por el lado de la comodidad y de la sonrisa, como si todo estuviera hecho. En un posición cómoda que ayuda a digerir, pero no a discernir. Con gente así los tiranos se alargan la vida.

La obra original de Morucchio, Tono la ha actualizado y « mari-poseado ». Respeto el argumento, pero a su manera. Morucchio desaparece cuando Tono asoma. Se le encuentra ágil y donoso; por eso el público le aplaude. Pero cualquiera confía a Tono una idea que estime!

De por sí, Morucchio tiene una pieza de consistencia leve. Tono la ha volatilizado. El respetable, ése pasó una buena velada; de esas que, al sacar un resumen, se conviene en haber disipado unas horas alegremente a dos reales minuto.

ley escrita, sino la leal comprensión de los hombres. Juvet figura el deber hecho carne, la obligación social constriñendo al hombre a perseguir al hombre no modelado de acuerdo con una idea básica: la autoridad de los escogidos aplicable a los amontonados o disminuidos. La ley para Juvet es plenitud, sabiduría de arriba contra la insaturación de abajo. La criatura humana es débil, indisciplinada, y una escapada de rebaño implica deserción y repudio del deber estipulado. De ahí las esposas, que Juvet posee, y que aplicará a « Valjean », tipo discolor por excelencia. Y si la sinceridad, y a la postre el relieve humanista de su perseguido internamente le avasalla, no reducirá crédito a la ley, letra inflexible; y cuando su razón de policía vacile devolviéndolo a su original categoría de hombre, entonces será el suicidio porque en agentes de orden no caben arrepentimientos.

« Gavroche » nos renueva, con su humilde y grata presencia, la vergüenza y el dolor de la infancia abandonada. Con leyes cristianas y laicas de hace siglos, y otras místicas y oficiales de hace días — lo que impele a decir modernas —, los niños sin cuidado de madre suben cual plantas de brozal, abocándose, al pasar de los años, a una adolescencia irregular, desbrujulada, en la que el nene abandonado de antaño resultará sociable por azar y no por cuidados ajenos, o manifestará su imposibilidad de adaptación al sistema colectivo cometiendo desafueros que la ley — que estuvo ausente en los años de formación del delincuente — le hará pagar lo más caro posible.

La moral de la gran obra de Hugo es manifiesta: el ser humano es bueno por igualdad, educación y justicia.

Continuar empeñados en el desarreglo presente, es dar continuidad a un régimen social malísimo; es justificar la existencia in eternis de personas excelentes « dignas » de castigo (« Valjean ») y de individuos autoritarios que sólo desaparecen de la escena cuando la conciencia llega a iluminarlas.

En cuanto a la representación de la película, excelente en todos los artistas.

PUIG D'AGUILERA

Una gansada más, ésta en el Teatro Cómico: « Cuñada viene de cuña », sucesión de aquello tan gastado de tranquilidad viene de tranca y la mujer del carretero es la carretera, etc. Esta fenomenal descubierta teatralista lleva la rúbrica de dos señores desocupados que se titulan Fernández Sevilla y Luis Tejedor. Alrededor de la coña, es decir, de la cuña, giran inmerecidamente Aurora Redondo en desplantados cuadrados; Rafaela Rodríguez, a la cual el público, contagiado, salió del coliseo llamándola la Rafarrodrí, y Pepe Alfayate, que para destacar esa obra sin relieve usa una serie de sombreros de colecciones y épocas desconocidas.

Al finalizar la representación ambos autores fueron saludados con salvas de aplausos fuertes como descargas cerradas.

¡ Sintomático !

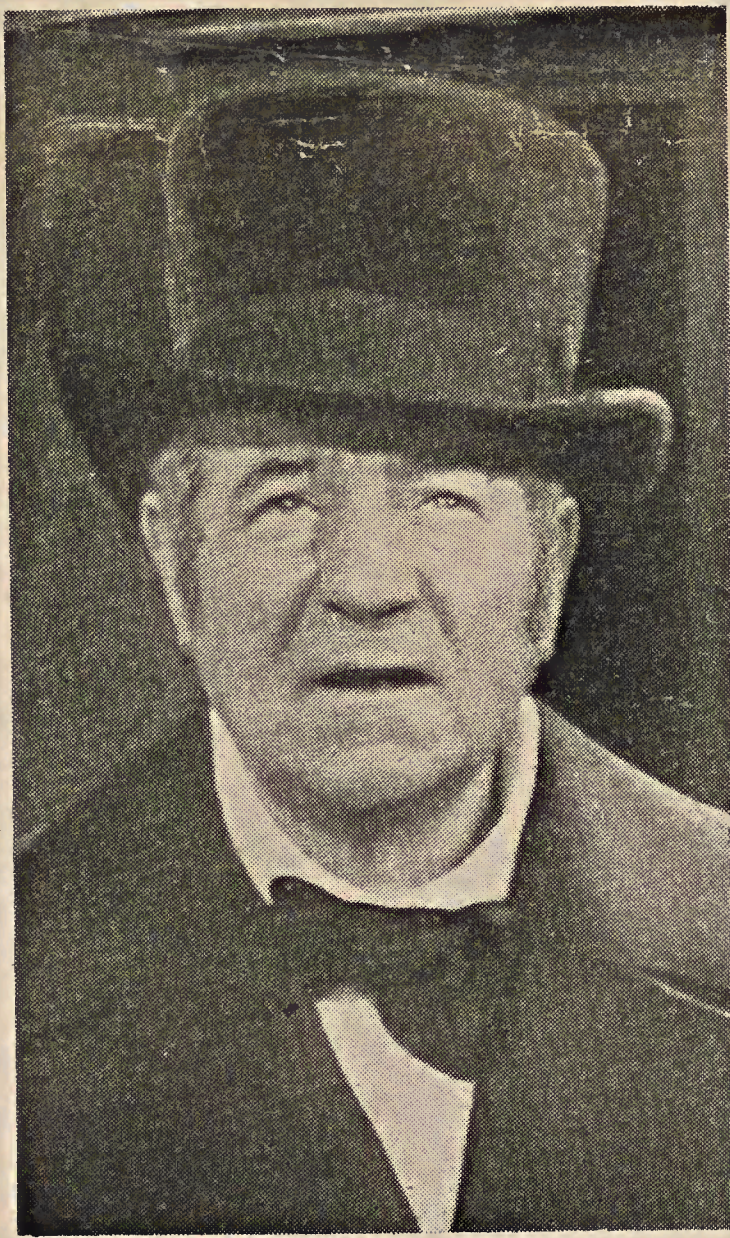
El dominio de la astracanada ha alcanzado a la ciudad de Barcelona. Tienen allí la escasa suerte de soportar — por tiempo limitado, sin duda — la comedia de Eduardo Arana « Celos a la plancha ». Mal título por atracción del planchazo. Celos, la obra no los despertará en los buenos autores que se estimen.

Como el régimen que rige en España es esencialmente triste, como si una orden gubernamental hubiese ordenado a las milicias comiqueriles disparar las baterías de la risa. Motivos para hilaridades placenteras no los hay en la calle, ni en casa a la hora de las cuentas, ¡ y hay que contar ! e hilar delgado, a cada instante. Entonces la risa oficial, decretada, se impone. Los jueces, siempre galvanizados, o estereotipados, inmunes a toda suerte de jocosidades, están indicadísimo para castigar a la ciudadanía refractaria a la risa trípala que manda tener el Estado.

Dentro de lo serio, determinemos que la guasa estúpida, inmotivada y mal urdida, no significa una evasión de la realidad dramática que impera en España. Es, más bien, una suerte de narcótico público, o una droga de estrago operante en las sensibilidades con fines disolventes. La fiesta en los corazones se desata cuando los problemas exteriores quedan limpios y favorablemente resueltos, mas, con Valle de los Caídos, El Escorial y un Cristo llagado e implorante en cada esquina, las almas se ensombrecen y los corazones enmohecen en su reducto de penas. No comprendemos a los Muñoz Seca en estos tiempos, ni las risotadas irracionales que arrancan con sus gracias los payasos franquistas.

Igualmente en la ciudad condal el telón se levantó para dar paso a la comedia de Alfonso Paso (el muñosequismo es contagioso) que su autor tituló: « El cielo dentro de casa ». A

■ Termina en la página 14 ■



Arte y Artistas

por GARCIA TELLA

NUESTRO amigo y colaborador MORVAN, excelente pintor del que nos hemos ocupado varias veces, amigo de la causa española y que recientemente, debido al éxito de sus cuadros, ha conseguido liberarse de la angustia económica tradicional en los artistas, nos ha autorizado para traducir y publicar el valiente artículo aparecido no hace mucho en el semanario « Arts », de París, con su firma y con el siguiente título :

EL DINERO HA CORROMPIDO AL ARTE

Hace algún tiempo, un industrial suizo, telefoneaba a un comerciante parisiense de cuadros. ¿ Tiene V. un buen cuadro de Fulano?... Había uno. ¿ Cuánto vale?... 225 mil francos. — Me lo quedo, mañana recibirá V. el cheque. — El cheque, llegó. Un año pasa. Llamada de teléfono del mismo señor al mismo comerciante. — ¿ Conserva V. siempre mi cuadro?... Bien seguro. — ¿ Es siempre un buen cuadro?... Respuesta más que afirmativa. — ¿ Cuánto vale ahora?... 400 mil francos. — Véndalo y envíeme el cheque.

Feliz época en la que se compran y venden cuadros sin haberlos visto. La pintura se ha convertido acción, valor bolsista más sólido que los Suez. (Para Nasser naturalmente.)

Los pintores, por lo menos un cierto número, ganan dinero, tienen coche y casa en el campo. Reconocido, entretenido, el pintor ocupa una posición falsa en la sociedad, se siente tan solo e incomprendido como en la época heroica. Su sola salvación consiste en pintar, buscar, pintar a pesar del foso que se abre entre él y el público, entre él y todos los que le rodean.

Todo el mundo habla de pintura. Gran capital, materia, « vernissage », cocktails y precios. Los fabricantes de tubos se frotran las manos. El asunto marcha.

Un tubo de rojo cadmium a 2.500 francos es negocio en efecto, sobre todo, cuando ciertos clientes trabajan en la masa. La escultura se vende poco, pero el bajo-relieve en plena materia, se cotiza.

Y M. Dupont no comprende los 120 millones por un Gauguin. M. Dupont, no comprende tampoco los 100 mil francos de una tela media, de un joven pintor. Ganas le dan de sumar : tanto por el « chasis », tanto por la tela, tanto por los colores. El problema se complica con el número y precio de las horas.

Época de facilidad, de gran « bluff », que busca sus héroes o los fabrica en caso necesario. Uno pequeño, nada, permite la continuación. Con el talento de un buen grabador mediano, se amplía el todo sobre una tela, se colorea vagamente, se multiplican los pequeños panes y todo el mundo es servido, cada cual con el suyo.

Engañados, maniatados, los pequeños stajanovistas se esclavizan. Hay que producir. Preparar su exposición anual en tres meses, con inmensas telas para el choque y pequeñas para la venta. Organización ante todo.

Confusión de palabras, de ideas y de papeles. Detrás de los nombres de pintor y de pintura se ocultan no pocas trampas. El caso Buffet y el de algunos jóvenes que viven de su pintura, ha despertado en muchos el ansia de ganar dinero. Cien-cientos de la pintura, sueñan con Rolls Royces. Uno, con 22 años, un año escaso de « ensucijaje », preguntaba qué es lo que había que hacer para tener un contrato rápidamente. Dispuestos están a pintar no importa cómo, con tal de que marche. Ciertos los confiesan, y todos sus actos tienden hacia esta idea. Copian, plagian a uno y a otro, lo que creen ser la base de sus éxitos, el tema, los pequeños trucos personales, pintan con una hoja de afeitar, fabrican pequeños cuadritos, todo mecánicamente, tontamente y sin fantasía.

Conozco — y no exagero — quien jamás ha hecho un estudio ni un diseño y que nunca ha trazado la forma del más simple objeto familiar. Todo sobre tela para ser vendido.

Buffet, en 1945, tenía ya personalidad y una verdad existía en él. En los de que yo hablo, no hay nada. Es seguro que ellos mismos se eliminarán, pero curiosa época la nuestra, en la que se puede fabricar un nombre sin talento a golpes de millones y publicidad. Esto dura un verano, dos o tres años, un poco más. Son los efímeros.

Y el Estado regatea. Una bolsa de viaje 65 mil francos. Y la escasez de encargos que de vez en cuando otorga a los más dudosos, a los suplicantes, lamebotas administrativos. Ya que si bien se cubren metros cuadrados de frescos en los monumentos públicos, ¿ quién los cubre?... Por un Jacques Villon y su Prometeo, ¿ cuántas nulidades?... Y el crítico loro-gangster, que no divierte a nadie y que cambia de chaqueta cada seis meses : la pintura mantiene a su hombre. Abstractos, figurativos, los mismos adjetivos, los mismos clichés y se recomienza.

Y los premios de pintura. Cien mil francos algunas veces, caen bien. Para mí, hace algunos años, para otros hoy, un premio son varias semanas de trabajo en la calma. Los premios llueven raramente en el buen lugar y se asfixian pronto. Ciertos premios son empresas financieras y ubuescas. Los jóvenes pintores tendrían

que hacer ellos mismos ciertas limpiezas. Una galería ha tenido el impudor de fundar un premio, pidiendo a los participantes diez mil francos por colgar una tela. Pequeño juego renovado cada quince días, durante tres o cuatro meses, hasta la atribución del premio. Por pequeños que sean los muros de dicha galería, la operación resulta una mina de uranium. ¿ Y quién dará los 10 mil francos?... El pobre artista desconocido, que se muere de hambre, que se priva y que espera salir. ¿ Es un robo !

Hace tres semanas, me extrañé por el valor de ciertos « metteurs en scène » de teatro, que se atrevieron a decir simplemente lo que pensaban de un pequeño dictador de la prensa, de un señor que podía defenderse y atacar. Hasta aquí, las gentes de teatro habían tenido la fama de... Fama usurpada. Son los pintores los que merecen tal apodo. No hablar alto, no chocar a nadie, nadar, cepillar, todo aceptar y hacer la corte.

Un pintor está hecho para pintar, para crear. Pero que lo quiera o no, es un hombre y vive en un mundo. Creo que a fuerza de callarse, de hacer concesiones, de aplazar siempre una intervención, una mañana se encuentra uno amordazado y los niños atados. Castrado. Y no porque yo grito tengo ningún mérito ; no hubiera podido hacer en la vida otra cosa que pintar. Así, pues, soy yo mismo quien grita debiendo.

JEAN-JACQUES MORVAN.

(Traducción G. T.)



ARTE INGENUO DE LOS GORRIONES.



EXPOSICION VIOLETA MARTIN

GALERIA BOYER

El género artístico de esta joven compañera parece definirlo, tal vez en rasgo emocional, Helenio Pérez :

« Una noche de enojo en la que se prolongan las horas como entre paredes de yeso vacías de espíritu ; he aquí el blanco en que empiezan a danzar colores. Esta noche Violeta ha descubierto su arte.

« Sobre tabiques se agitan ramilletes de lis y rosas, grandes juncos inclinados, apareciendo formas de trovadores y hermosas castellanitas cuyos vestidos de flores se ilustran con castillos encantados. Violeta ha dispuesto sus « pasteles », inicia el eclipse del fresco, o lo vela para borrarlo, con sutilezas, más tarde.

« Pero más tarde será la concreción del dibujo placentero, con exigencia nuestra de otros. Y violeta, un domingo de octubre, le hurtará los colores al otoño para construir sus pagodas. »

Y en ellas se encierra después de haberlas edificado, delicadamente, con alas de libélula y cubierto con pajitas y en tejadillos sucesivos remontando al cielo. El suelo, pululado — quizás revoloteado — por gheisas sutiles y vaporosas.

De las pagodas, de los ligeros paisajes de abanico nipón, pasamos a la población alada, con profusión de tórtolas, el ave más adecuada para reflejos de amor. También las zancudas, igual los faisanes. Rapodia de colores que asombra por su vitalidad tanto como por su infantilismo. Un museo pajaril es un cementerio de lo más triste. Una exposición Violeta de pájaros recompuestos con materia de flor y ala transparente, da idea de algo que puede cobrar vida y movimiento con sólo un soplo de voluntad nuestra.

Violeta ha vendido varias obras, las más pobladas, las que más candor irisado ofrecen al visitante.

Violeta no se separa de sus flores, en el mucioso jardín de su arte. — F.

Pirandellismo en la literatura española

■ Viene de la página 11 ■

2) La descripción de lugares, de paisajes y de gentes está saturada de hondo sentimiento, del mundo íntimo del autor que, por ser esencialmente intelectual, sabe imprimir a su novela un « subjetivismo profundamente colectivo » y sobresale en el análisis psicológico.

3) El personaje central, especie de fantoche sin voluntad, tiene rasgos típicos de los personajes que animan el teatro grotesco italiano de Bontempelli y no es difícil hallar un entronque con el protagonista de « Niebla » de Unamuno. No faltan tampoco los rasgos pirandelianos, recibidos tal vez, por intermedio de Azorín.

4) Un humorismo agudo, aunque campechano y sin saña, se desprende de numerosos pasajes. La acción entera es lenta como corresponde a la atmósfera en que, en general, se desarrolla.

5) Los temas, como hemos indicado, son varios. Hay en esta novela elementos esotéricos innegables, no están ausentes las greguerías y se nota delicado preciosismo en no pocos pasajes. Para hallar algo análogo, en la literatura moderna española, fuerza nos será ir a las obras de Miró, de Valle Inclán y de Juan Ramón Jiménez.

6) Hay dejos de rebelión contra la colonización, como sucede en « Paradox. Rey », de Baroja, y el tema del tiempo, que es preocupación azoriniana, ocupa un lugar importante en « Taxímetro ».

En suma, esta novela, hoy un tanto olvidada, merecería puesto de alta distinción en las letras hispanas modernas.

J. CHICHARRO DE LEÓN.

● Fin de este estudio ●

En espera de los acontecimientos de Pascua

■ Viene de la página 13 ■

notar : que este « Cielo » fué es baladí, o simplemente entreleno a demostrar la « imposibilidades » de un presente neocoliseo de Madrid antes de pasar fonso, y será por esta cualidad sa. Una manera galana de pasar gativo.

Tampoco el teatro de Alfonso Paso adquiere trascendencia ;

quiere decir, que sin ser malo su inteligencia se abocara de futuro » y a señalar las « impo- notar : que este « Cielo » fué es baladí, o simplemente entreleno a demostrar la « imposibilidades » de un presente neocoliseo de Madrid antes de pasar fonso, y será por esta cualidad sa. Una manera galana de pasar gativo.

suya que sus libretos (« Cuarenta y ocho horas de felicidad », algún dinerillo.

« Mónica » y « El cielo dentro de casa », que sepamos) tienen Alfonso Paso. Pero le indicamos derecho a campar episódicamente el camino que lleva, por te por los escenarios españoles. sutil que le parezca, no conduce Sus tramas son difíciles, pero a ninguna parte que no sea a hábilmente tratadas. General- la taquilla del Banco. Mejor semente, Paso divaga entre lo real ría para todos que se dedicara y lo irreal, como si lo álgido de a descubrir « posibilidades del

Pero ocurre que uno es de cheque y no de choque... — C.





Presidente : Señor acusado, hallándole culpable, el tribunal le condena a diez años de presidio. ¿ Tiene algo que reclamar ?
 Acusado : Sí, señor presidente. Hágame el favor de enterar a mi esposa de que no regresaré a casa hasta el mes de abril de 1968.



Entre los 539 nuevos proveedores de la Corona de Inglaterra figuran un fabricante de raticidas y otro de flautas. O sea de lo sublime a lo ridículo.



El respeto a la ley : A José Kellaway le molestaba el cantar mañanero de un pájaro. Consultó a la policía local y a la Protectora de Animales. Debía asustar al pájaro con tiro indirecto. Compró el arma, disparó, y ha sido condenado a pagar una multa por haberse olvidado de pedir permiso para uso de fusil.



Relata Simenón una serenata dada al pie del balcón del burgomaestre de un pueblecito belga. El burgomaestre no está en el balcón.

— ¿ Por qué ? — pregunta Simenón al director de la banda de música.

— Porque el burgomaestre soy yo — le entera éste.



Cuidado con los barberos : Anuncia una barbería de la calle Cinq Diamants, de París : « Esta casa no hace niños en días festivos ».



De Salvador Rueda : « Mariposa. Es una llama de colores / suelta del viento en las escalas / es una risa hecha flores / es una luz presa en dos alas. »



De Pedro Daninos : « La diplomacia es el arte de nada decir, pero en tono confidencial. »

Anónimos : No es lo mismo crear que croar. La tierra es feraz, el Estado feroz. La moda es la exaltación de los andrajos y la disminución de la persona.

De G. B. Shaw : « Esta vida es un asco porque los hombres están atados por estúpidos prejuicios. »

De Léo Larguier : « El juicio a los que van a morir les viene de su mucha fatiga y de un algo de menosprecio. »

CLASICOS CASTELLANOS

(A 450 frs. volumen.)

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo I. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo II. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo III. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo IV. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo V. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo VI. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo VII. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo VIII y último. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Tirso de Molina : El vergonzoso en Palacio y El burlador de Sevilla. Prólogo y notas de Américo de Castro.

Garcilaso : Obras. Prólogo y notas de Tomás Navarro.

Beato Juan de Avila : Epistolario espiritual. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

Villegas : Eróticas y amatorias. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

Cervantes : Novelas ejemplares. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez M.

Duque de Rivas : Romanes. Tomo I. Prólogo y notas de Cipriano Rivas Cherif.

Duque de Rivas : Romanes. Tomo II. Prólogo y notas de Rivas Cherif.

Torres Villarroel : Vida. Prólogo y notas de Federico Onís.

Arcipreste de Hita : Libro del buen amor. Tomo I. Prólogo y notas de Julio Cejador.

Guillén de Castro : Las mocedades del Cid. Prólogo y notas de Víctor Said Armesto.

Arcipreste de Hita : Libro del buen amor. Tomo III y último. Prólogo y notas de Julio Cejador.

Marqués de Santillana : Canciones y decires. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

Quevedo : Vida del buscón. Prólogo y notas de Américo de Castro.

Fernando de Rojas : La Celestina. Tomo II y último. Prólogo y notas de Julio Cejador.

Anónimo : Poema del Mío Cid. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

Anónimo : Vida del Lazarrillo de Tormes. Prólogo y notas de Julio Cejador.

Fray Luis de León : De los nombres de Cristo. Tomo I. Prólogo y notas de Federico Onís.

Guevara : Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

EDICIONES POPULARES A 175 y 220 frs. volumen Oscar Wilde : La tragedia de mi vida.

Pedro Mata : El amor de cada uno.

Emilio Zola : Nuevos cuentos a Ninón.

Erasmus : Elogio de la locura.

Bjoerterne : Almas en pena.

Turguenev : Aguas primaverales.

Barclay : Al séptimo día.

Turguenev : Fausto.

Hamsun : Fatalidad.



CUANDO LOS RIOS SE CREEN MARES. El Sena en desborde.

El pintor Carlos Pascual de Lara tenía que decorar los interiores del Teatro Real. Pero ha fallecido en sus 42 años. La viuda, si la dejan, tratará con otros artistas del pincel de cumplir el compromiso adquirido por su marido.

Desde Londres el duque de Alba ha negado permiso para la filmación en París de la película « Goya », en la que debía aparecer su descendiente, la duquesa de Alba, en camisa o sin ella.

Este año los inventores tendrán opción a participar en la Feria de Muestras de Sevilla.

El alcalde de Madrid ha dispuesto la erección de una monumental fuente de ornato, proyecto que encuentra la oposición crónica, además de inestético, del público por considerarlo anacrónico.

Ediciones Cultura Hispánica ha publicado « Las cien mejores poesías cubanas », selección de José María Chacón.

Crítica de la censura. La ha efectuado modosamente el director de « Informaciones » Ramón Sierra, al dar su conferencia : « ¿ Por qué no son mejores los periódicos españoles ? » El mismo se contestó : 1 : por la deficiente condición personal y profesional del periodista ; 2 : por las dificultades industriales de todo género ; 3 : por la especial psicología del lector español ; 4 : por la creciente competencia de la Radio y la Televisión, y 5 : por el sistema de relaciones entre el Poder Público y la Prensa. ; Conclusión !

Cerca de Lérida se han encontrado restos de una necrópolis iberdeta, que los entendidos sitúan a tres o cuatro siglos antes de la Era vulgar.

Por asuntos económicos (o villanamente materiales), el marqués de Cuevas se ha querrellado con José Tamayo, empresario del Teatro de la Zarzuela madrileña.

En la Galería Boler, de París, ha expuesto interesantes producciones la artista y compañera nuestra Violeta Martín, con buen éxito de crítica y venta.

También en París, fué estrenado bajo la dirección del maestro Freitas Branco, un « Concierto para violín » de Joaquín Rodríguez, composición que ha sido muy elogiada... en España. De todas maneras, Joaquín Rodríguez está justificado como perseverante.

El premio « Mariano de Cavia » de periodismo ha sido conferido a Manuel Aznar por un artículo de elogio al fascismo titulado : « Responso por Benito Mussolini ».

Este escarnio a la memoria del ático y liberal Cavia fué consumado por un jurado franquista formado por Melchor Fernández Almagro, Manuel Halcón, Víctor de la Serna, José Vázquez Dodero y Joaquín Sierra.

Se va a instalar en Barcelona una emisora de Televisión y a ampliar el radio de acción de la madrileña, actualmente de dos kilómetros de alcance, mediante instalación a efectuar en Navacerrada.

Pelea de sepulteros : La sostienen los Ayuntamientos de Granada y Soria para atribuirse los restos del poeta Antonio Machado, huído de la España franquista por y para vergüenza de la misma. Como se sabe, Machado murió con su madre exilado en el pueblecito francés de Colliure, donde sus restos van a ser honrados con una piedra ennoblecida costeada por españoles y franceses amigos y admiradores del maestro.

Contribuciones al efecto, a Jean Jordá, 12, Cours Palmérole, Perpignan (P.O.) C.C.P. Montpellier 524-27.



LA CASA VIEJA

por F. DOMELA NEUWENHUIS

EN cierta calle de cierta ciudad había una casa tan vieja que amenazaba derrumbarse, en cuyo caso muchas familias que la habitaban hubieran quedado sepultadas bajo las ruinas.

El propietario era muy avaro y no le inquietaba el estado de su finca, por más que viera el peligro que corrían los vecinos; pero, en cambio, era muy severo en exigir la puntualidad en el pago de los alquileres.

La mayor parte de los inquilinos eran personas sencillas, buenas, demasiado ingenuas.

Cuando oían crujir los muros o veían caer alguna piedra — signo precursor de próxima ruina — se decían que esto no significaba gran cosa y que todo quedaría largo tiempo de igual modo; además, el propietario refería que siempre había estado así.

Sin embargo, el peligro amenazaba cada vez más. Se descubrió que la sola avaricia del propietario era la causa del mal estado en que se hallaba la casa y algunos vecinos que murmuraban fueron desahuciados por vía de justicia.

Puede decirse que no pasaba día sin que ocurriese algún accidente, a veces bastante serio.

Aumentaba el número de los murmuradores; pero el propietario era un mal hombre. Maliciosamente sembró entre sus inquilinos la desconfianza y la división, de tal modo que las disputas y querrelas vinieron a ser lo esencial y fué olvidada la causa principal, o sea la ruina de la casa.

El propietario se reía de la estupidez de sus inquilinos.

Cada día la casa se hacía más vieja y ruinoso. Alguno tuvo el valor de exigir reparaciones.

El propietario tuvo miedo. Los inquilinos pagaban sus alquileres como antes, pero ya no eran amigos. Buscó todavía el medio de calmarles. Prometió todo lo que quisieron y no hizo nada.

Al fin, uno de los inquilinos reunió a los demás y les dijo: « La casa que habitamos es una casa desgraciada; todos los días somos víctimas de dolorosos accidentes; alguno de nosotros ya ha llevado al padre, la madre, el hermano, la hermana, el hijo o el amigo al cementerio. La causa de todos estos accidentes es el propietario, el cual sólo piensa en los alquileres y no en los inquilinos. ¿ Debe esto durar mucho tiempo? Seremos siempre tan necios para soportarlo? ¿ Continuaremos enriqueciendo a ese avaro, arriesgando a cada instante nuestra vida? » — Muchos respondieron en alta voz: « No, no, basta! » — « Pues bien », continuó el organizador de la reunión, « escuchadme... » — Y expuso que se debía exigir al propietario la demolición de la casa y la construcción de una nueva, más moderna y que respondiese mejor a los principios de la higiene, porque ya era inútil toda reforma en el viejo caserón.

Muchos juraron no descansar hasta que la casa fuese demolida y se hizo una activa propaganda por esta idea.

Desgraciadamente, les faltaba el talento de la palabra y del escrito.

No faltaron vecinos de casas próximas que ofrecieron sus servicios, puesto que conocían el arte de hablar y de escribir.

Se consideraron felices con esta oferta algunos de los interesados. Eran los ingenuos, que olvidaban pronto y

con facilidad. Otros, por el contrario recordaron que ya en otros casos algunas personas habían ofrecido sus servicios, pero que nada habían hecho. « Sed prudentes, decían a los vecinos, ¿ cómo queréis que un hombre que habita en una casa sólida y bien arreglada, que no conoce los peligros y la condición de una casa ruinoso, pueda

representar nuestros intereses? »

Nada quisieron escuchar. Los señores que habitaban buenas y sólidas casas obtuvieron la representación, de los habitantes de la casa vieja, visitaron al propietario y, a pesar de su talento oratorio, no consiguieron ningún resultado. Indujeron entonces a sus representantes a que enviasen al propietario un número mayor de representantes.

Como el propietario era rico, fueron muchos los que se disputaron el honor de ser nombrados representantes, para ir a visitarle. « Mirad — parecía que andaban diciendo por la población los ambiciosos satisfechos que iban a visitar al propietario —, nosotros estamos en relaciones con este gran rico ».

Desde entonces, raramente se presentó la cuestión: « ¿ Cuáles son las mejoras de que hay necesidad? » — Y muchas veces esta otra: « ¿ Cuáles personas representarán los intereses de los inquilinos? »

La disputa continúa siempre. Los inquilinos habitan siempre la casa vieja, cada día más ruinoso, más peligrosa, y el propietario se ríe tranquilamente de la ingenuidad de los que continúan pagándole alquileres y enriqueciéndole.

La casa es la sociedad actual. El propietario es la burguesía, la clase poseedora. Los inquilinos son los proletarios.

Está ruinoso la casa y debe ser demolida. La burguesía no tiene corazón. Los proletarios están embrutecidos bajo su dominio.

La lucha por la representación de los intereses desvía del verdadero objeto que se persigue. No es un cambio de personas lo que importa, sino el cambio de la sociedad entera, en su conjunto y en sus partes. Ninguno puede garantizar que un hombre será mejor que los otros, porque cada hombre es el producto de las circunstancias y del ambiente que le circunda. No se respira aire sano en una atmósfera pestilente.

No queremos que el esclavo venga a ser amo y el amo esclavo, porque sería un cambio de personas y no de sistema. Cuando los que ahora están abajo subiesen mañana a lo alto y los que están en lo alto descendiesen abajo ¿ habría acaso cambiado algo seriamente o se habría conseguido útilmente alguna ventaja? »

La venganza pertenece a los dioses; los hombres deben mostrar que son superiores, preparando un ambiente en que será destruido todo lo que es bajo e innoble.

Los que causan el hambre, los satisfechos, no nos comprenden; viven al lado de los hambrientos, con los no satisfechos, pero los unos ignoran cómo viven los otros. Son como dos naciones en un mismo país. Cuando un hambriento llega a ser burgués satisfecho, resulta peor que los ricos de nacimiento. Por lo tanto, el proletariado no debe poner sus intereses en manos de los representantes burgueses, ni de representantes obreros que se hacen burgueses luego. Crear un ambiente de paz y de bienestar para todos, este es el verdadero socialismo.



Hemos perdido un amigo

PAUL RIVET ha fallecido. Por extrema modestia dispuso que su entierro fuese efectuado poco menos que clandestinamente, disposición que impidió que su cadáver fuese acompañado al cementerio por miles de amigos y compañeros suyos.

Paul Rivet era muy conocido como hombre de izquierdas, en las cuales como socialista había militado. No obstante, su bondad, su estima por la criatura humana, tal vez superara su inclinación por la política.

Racionalista por convicción indestructible, se atuvo, en su larga carrera científica, al resultado de las investigaciones antropológicas en cuanto al origen del hombre, huyendo de las argumentaciones absurdas tejidas por las religiones durante el curso de los siglos. Por su labor ahincada consumada al efecto, se le considera uno de los sabios que más han contribuido en el noble intento de arrancar a la insondabilidad de los tiempos el misterio de la aparición humana.

El Museo del Hombre, y con él, el Palacio de Chaillot de París, es obra de iniciación rivetana. El valor de este sagrario de la existencia humana se comprende visitando las salas del citado Museo, uno de los más completos e interesantes del Mundo.

Rivet estaba particularmente interesado en el estudio de la antropología americana, en cuya tierra había permanecido años analizando las civilizaciones anteriores, que comunmente se cree oriundas del Asia merced a emigraciones efectuadas por el camino de Estrecho de Bering (vadeable durante un par de meses al

año), en tanto otras opiniones se inclinan por imaginar estas tremendas expediciones por el Estrecho de Torres saltando por las islas del Pacífico hasta el continente occidental.

Pero existe el fenómeno de las descubiertas de cadáveres enterrados hace 4.000 y más años. ¿ Dispone, pues, América, de su hombre aborigen? Cuando a Rivet se le anunciaba una descubierta de éstas le faltaba tiempo para tomar barco conducente a la tierra americana. Sus observaciones, siempre cuerdas y justamente motivadas, las deja, afortunadamente, escritas.

Para los refugiados españoles guardó siempre inextinguible cariño. Nos ayudó cuanto pudo. No había solicitud nuestra, colectiva, que no atendiera. Tomó parte en mítines contra el oprobioso régimen franquista, habiendo sido uno de los muchos personajes de la política, la literatura y la ciencia franceses que forman cuerpo cerrado para la defensa de nuestro derecho contra la sinrazón de un apoyo mundial al totalitarismo franquista.

Con la desaparición de Paul Rivet la causa del despotismo universal está de enhorabuena. No así la de los hombres libres y bondadosos, para los cuales la pérdida de un compañero como Rivet supone un dolor y una catástrofe.

Las ediciones « Solidaridad Obrera » y Suplemento Literario se asocian, en nombre del elemento social que representan, a la pena que a familiares, científicos y toda la gente de corazón embarga debido al fallecimiento de Paul Rivet, el hombre que tantas condiciones excepcionales atesoraba.